

Dinámicas diplomáticas regionales en el Centenario de la Batalla de Ayacucho: Entre la diplomacia cultural y el realismo político (1922-1924)

Regional diplomatic dynamics on the Centenary of the Battle of Ayacucho: Between cultural diplomacy and political realism (1922-1924)

Willy Félix Nieto Minaya¹

Investigador independiente

RESUMEN

La presente investigación tiene como objetivo analizar las dinámicas diplomáticas sudamericanas en el marco de los preparativos para la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, entre los años 1922 y 1924. Se sostiene que el Estado peruano desplegó una estrategia de diplomacia cultural a fin de poder ganar influencia y congraciarse con sus países vecinos, aprovechando la celebración de una efeméride continental. Esta maniobra tenía como fin último obtener el respaldo de la comunidad internacional en los objetivos de la política exterior peruana, centrados principalmente en la disputa con Chile por las regiones de Tacna y Arica. No obstante, como segundo punto, se argumenta que estas dinámicas regionales estuvieron marcadas por recelos y tensiones per-

119

¹ Historiador por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo: willynietomin@gmail.com

ORCID: 0000-0001-5689-1568



sistentes entre los países sudamericanos, lo cual minó gran parte de las iniciativas de convergencia diplomática cultural, y se priorizaron aspectos en una lógica de realismo político.

Palabras clave: centenario de la batalla de Ayacucho, diplomacia cultural, Perú, diplomacia regional, realismo político, siglo xx

ABSTRACT

This research aims to analyze South American diplomatic dynamics in the context of the preparations for the centennial celebration of the Battle of Ayacucho, between 1922 and 1924. It is argued that the Peruvian state pursued a strategy of cultural diplomacy to gain influence and foster goodwill with neighboring countries by leveraging the celebration of a continental commemoration. The ultimate goal of this maneuver was to secure international support for its foreign policy objectives, primarily centered on the dispute with Chile over the regions of Tacna and Arica. However, as a secondary point, it is argued that these regional dynamics were marked by persistent mistrust and tensions among South American countries, which undermined many of the cultural diplomatic convergence initiatives, prioritizing aspects aligned with a logic of political realism.

Keywords: centenary of the Battle of Ayacucho, cultural diplomacy, Peru, regional diplomacy, political realism, 20th century

1. Introducción

Durante los primeros años del siglo xx, las celebraciones de los diversos centenarios patrios hispanoamericanos sirvieron como espacios e hitos de reflexión sobre las diversas realidades que se venían experimentando en cada uno de estos países. Los elementos y problemáticas abordadas en cada centenario nacional tuvieron sus propias particularidades a partir de la realidad y las circunstancias que cada país venía experimentando a nivel de su política doméstica. En el caso del Perú, por ejemplo, este sirvió como un mecanismo de legitimación para un nuevo gobierno, que irrumpió en el *establishment* político de la llamada República aristocrática (Orrego, 2014; Casalino, 2017) A su vez, las celebraciones de los centenarios también sirvieron como espacios para abordar aspectos de las relaciones internacionales y la política exterior de los diversos países (Ortemberg, 2015). En el caso del gobierno de Leguía, la fiesta nacional centenaria de 1921 fue empleada como un mecanismo de acercamiento a las diversas potencias de la comunidad internacional, buscando el respaldo de estos en un potencial arbitraje contra Chile por las regiones disputadas de Tacna y Arica en el marco de las potestades de la Sociedad de Naciones (SDN) (Nieto, 2024).

De cara a la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho en diciembre de 1924, el gobierno de Leguía insistió, una vez más, en emplear esta efeméride como un mecanismo diplomático que pudiera otorgarle réditos internacionales y le permitiera cumplir sus objetivos de política exterior, aunque en este caso, fue una celebración definida principalmente por la dinámica diplomática sudamericana. El objetivo principal seguiría siendo el mismo: elevar la imagen del Perú a nivel internacional y consolidar el aislamiento de Chile. Sin em-

bargo, las principales dinámicas se llevarían a cabo con una serie de potencias subregionales como Brasil y Argentina, y países limítrofes con los que el Perú aún mantenía disputas territoriales como Colombia, Ecuador y Chile.

Una característica particular del centenario de la batalla de Ayacucho, a diferencia de las otras celebraciones centenarias de la región, era la proyección de esta como una efeméride continental en la que se involucraba la gran mayoría de países sudamericanos para reivindicar un acontecimiento histórico que definió su destino (Ortemberg, 2024). Sin embargo, las históricas disputas limítrofes, las carreras armamentísticas, las rivalidades por liderazgo internacional y la sombra de los conflictos militares ocurridos en el pasado generaron un escenario de recelos y sospechas mutuas que complicó el acercamiento de los países de la región.

Desde finales del siglo xix, diferentes potencias venían desarrollando una serie de mecanismos diplomáticos alternativos a los tradicionales, que se manifestaron principalmente a través de la celebración de exposiciones internacionales, que potencias como Francia y Estados Unidos venían efectuando. De igual modo, conferencias internacionales como las panamericanas habían resultado, además de espacios predilectos para el planteamiento de problemáticas internacionales, escenarios idóneos para llevar a cabo un ejercicio propagandístico de empresas particulares (Bruno, 2020). En Sudamérica, potencias subregionales como Brasil y Argentina ya mostraban indicios de emplear este tipo de mecanismos para el acercamiento diplomático. Así, Argentina venía efectuando una serie de conferencias, como el Primer Congreso Sudamericano de Derecho Internacional en 1889 (Morgenfeld, 2009), y Brasil empezó a llevar a cabo una

activa diplomacia vinculada a institutos y conferencias académicas que congregaban un contingente de intelectuales, políticos y diplomáticos de diversos países, que buscaba formar una red de influencias en el mundo de las letras (Bueno, 2003; Bethell, 2010). Ello se mostró claramente en la organización de congresos internacionales de historia y geografía, que además de proporcionar mecanismos de cooperación intelectual, les daba a las cancillerías las posibilidades de aprovechar los espacios para firmar protocolos y acuerdos diplomáticos vinculados a problemáticas aduaneras e incluso limítrofes (Bruno, 2020).

El gobierno de Leguía tenía conciencia de la importancia que empezaba ocupar estos movimientos culturales e intelectuales como mecanismos sofisticados para poder establecer relaciones diplomáticas cordiales. Si bien gran parte de estas dinámicas las venían realizando países con mayores fortalezas y recursos, que mantenían una clara visión de liderazgo regional, ellas fueron eventualmente percibidas por el Perú como una estrategia para poder acercarse a la comunidad internacional para conseguir su respaldo en torno de sus demandas limítrofes. De modo que, a finales de 1922, camino a la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, programada para diciembre de 1924, el Perú procuró asegurar las mejores relaciones diplomáticas con los países de la región. La cancillería peruana era consciente de que tal acercamiento, en el nivel de la alta política, era sumamente complicado, debido a lo sensible que resultaban los aspectos limítrofes en Sudamérica, así como los recelos mutuos entre las naciones del área, puesto que el vincularse con una podría generar discordia con otra. Sin embargo, la esfera cultural e intelectual, en la que convergieron diferentes personalidades vinculadas al mundo de las artes y de las letras podría haber

sido una forma sutil y sofisticada de acercamiento entre países, un primer nivel de acercamiento que finalmente podría llevar a mayores niveles de concordancia a nivel de la alta política.

En el plano teórico de las relaciones internacionales, estas fórmulas y estrategias de política exterior pertenecen al ámbito de una diplomacia cultural. Si bien conceptualmente este término no fue estrictamente empleado por los actores en este proceso, las nuevas corrientes de investigación, vinculadas a la *Nueva Historia Diplomática*, señalan que gran parte de los ejercicios de la diplomacia cultural pueden ser fácilmente rastreados desde finales del siglo XIX (Schweizer y Schumann, 2008). De acuerdo con Rodríguez (2014) podemos entender la diplomacia cultural como:

Una serie de mecanismos desarrollados en aras de conseguir prestigio e influencia internacional mediante la persuasión (...) y el instrumento que emplean los Estados en la consecución de sus intereses privilegiando un enfoque más sutil, a través de una estrategia de promoción de su cultura en el extranjero con el propósito de aumentar su influencia en el escenario internacional. De ese modo, las potencias que aspiran a ejercer influencia recurren a estrategias de *soft power* a través de exposiciones culturales, intercambios académicos y científicos institucionales (p. 6).

124

Siguiendo tal definición podemos señalar que gran parte de las dinámicas diplomáticas regionales entre 1922-1924, en el contexto de la organización del centenario de la batalla de Ayacucho, fueron definidas a partir de un ejercicio de diplomacia cultural, en el que el Perú, como principal organizador del certamen, definió parte de sus objetivos de política exte-

rior a través del ejercicio cultural, que tuvo como propósito desarrollar mejores vínculos con los países de la región, ya fuera como mecanismo de acercamiento a países con los que aún mantenía disputas limítrofes, cómo fue el caso de Colombia y Ecuador, o para poder ganar influencia en las potencias regionales, a fin de consolidar los objetivos de política exterior contra Chile (Porras, 1981).

Otro aspecto relevante dentro del marco conceptual de la diplomacia cultural reside en que suele presentarse como un fenómeno aparentemente disociado de las prioridades de la política realista, la cual se orienta predominantemente hacia cuestiones de seguridad, poder coercitivo y estrategia geopolítica. En contraste, la diplomacia cultural ha sido frecuentemente concebida como un mecanismo sutil destinado a fomentar la vinculación, el acercamiento y la convergencia tanto a nivel bilateral como multilateral. Sin embargo, resulta esencial enfatizar que la diplomacia cultural no opera de manera desvinculada de las dinámicas tradicionales de poder. Por el contrario, se halla entrelazada con dimensiones propias de la realpolitik, tales como la configuración de alianzas estratégicas, la competencia por la hegemonía, las disputas territoriales y la instrumentalización de la propaganda (Mearsheimer, 2006). De este modo, a pesar de que gran parte de las dinámicas diplomáticas gestadas en las vísperas de la celebración del centenario de Ayacucho se movilizaron dentro de una lógica vinculada a la esfera cultural y el mundo de las letras, este ejercicio estuvo intrínsecamente vinculado a otros aspectos propios de la alta esfera política. Se desarrollaron pugnas hegemónicas entre Brasil y Argentina, a fin de ganar influencia regional sobre el resto de los países. De igual modo se crearon una serie de agrupaciones contendientes que se manifestaron en la confrontación entre la alianza

del ABC (Argentina, Brasil y Chile) y los países bolivarianos (Perú, Venezuela, Colombia, Ecuador, y Bolivia) a partir de los recelos mutuos y bajo una lógica de equilibrio de poder (Amorebieta y Vera, 2022).

Así, a pesar de que el Perú trató de cimentar las bases de un proceso de mayor cercanía entre los países de la región a fin de asegurar el éxito del centenario de la batalla de Ayacucho, sus pendientes disputas limítrofes con sus vecinos del norte fueron un aspecto que limitó constantemente sus esfuerzos de convergencia regional. Hasta 1922, el Perú apenas había solucionado dos de los cinco problemas limítrofes que tenía pendientes. Sin embargo, la estrategia peruana pasaba por mitigar las tensiones con Colombia y Ecuador para poder concentrarse en el problema más acuciante con su vecino del Sur (Wagner de Reyna, 1997). Sería precisamente en esta lógica de acercamiento cultural que se producirán avances en las relaciones con Colombia y Ecuador, que concluyeron con la suscripción del tratado Salomón-Lozano 1922 y con Colombia y a la suscripción de un protocolo en 1923 con Ecuador, el que señalaba que, una vez resuelto el problema de Tacna y Arica, ambos pasarían a buscar el arbitraje de los Estados Unidos (Bákula, 2002; St. John, 1992). También ocurrió que en el centro de las propias dinámicas culturales se gestaron escenarios de tensión, recelos y sospechas mutuas. En el nivel de los países bolivarianos, las aún latentes disputas limítrofes se superpusieron con las batallas simbólicas entre los héroes patrios, y la confrontación entre Brasil y Argentina en la carrera por la hegemonía regional se manifestó en una estrecha interconexión entre sus propuestas culturales y las condiciones materiales y reales de sus objetivos de política exterior. De este modo, se puede sostener que las dinámicas regionales en torno al centenario de la batalla de Ayacucho

se definieron a partir de la interacción entre la diplomacia cultural y el realismo político.

2. Las dinámicas de la diplomacia cultural regional

La proyección de Brasil como líder regional tuvo que superar la barrera de la diferenciación cultural y de lenguaje con sus pares sudamericanos. De este modo emergió la idea de una comunidad luso-hispanoamericana que contenía elementos de convergencia entre dos matrices culturales comúnmente separadas. Esta labor fue llevada a cabo a través de un acercamiento diplomático entre Brasil y el resto de la región, pero, principalmente, se orientó hacia los espacios culturales e intelectuales brasileños, en los que se trató de tejer el centro de una comunidad letrada regional con un liderazgo particularmente brasileños (Telles, 1989). Uno de los principales hitos de este esfuerzo de la diplomacia brasileña fue la organización del Primer Congreso Internacional de Historia de América, celebrado en Río de Janeiro entre el 7 al 15 de septiembre de 1922, a iniciativa del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño. En este espacio se debatieron diversos aspectos de la identidad brasileña en los dominios de los estudios históricos. Su propósito fue consolidar el tránsito de una memoria nacional que preferentemente había privilegiado la herencia europea a otra que enfatizaba su vinculación con las repúblicas hispanohablantes vecinas (Cervo y Bueno, 2011).

127

En el fondo, el certamen respondía a objetivos estratégicos de política exterior, orientados a consolidar alianzas y proyectar influencias dentro del espacio sudamericano. En particular, Brasil buscaba emplear estas instancias de interacción académica y cultural para afirmar su liderazgo regional y promover una imagen de hegemonía benevolente. Esta intención se

hizo evidente en el discurso del presidente Epitácio Pessoa, quien afirmó que “el Congreso de Historia estaba llamado, por su índole, a dar mayor intensidad a las relaciones de las naciones del continente y estimular el sentimiento de americanismo” (citado en Paschoal, 2005, p. 9). La conciencia de que el certamen contribuía al entramado de las relaciones diplomáticas regionales se reforzó cuando Max Fleiuss, secretario del Instituto Histórico Brasileño, afirmó que: “al igual que las relaciones diplomáticas y los tratados de paz, el congreso constituía el mejor medio para que las naciones americanas formen una conciencia común y pacificación” (citado en Paschoal, 2005, p. 4). Desde esta perspectiva, el evento se concebía no únicamente como un encuentro académico, sino como un dispositivo estratégico destinado a articular redes de poder y afinidad cultural que favorecieran la integración regional bajo el liderazgo de Brasil. En ese orden de cosas, por iniciativa del delegado uruguayo José Salgado, se formuló un compromiso para erigir un monumento luso-hispanoamericano en las pampas de Ayacucho como parte de la inminente conmemoración del centenario de la batalla que dio la libertad a las repúblicas sudamericanas. Un proyecto que implicaba la colaboración entre Brasil y otras naciones de habla hispana, buscaba cimentar un sentido compartido de historia y destino común, sirviendo a la vez como un recurso diplomático para mejorar las relaciones bilaterales y multilaterales en la región.²

El análisis de estas dinámicas diplomáticas sugiere que, entre 1922 y 1924, se desarrolló un amplio abanico de iniciativas culturales que funcionaron como vehículos privilegiados para

2 Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, (en adelante AHMRE) 1922. Caja 859, carpeta 2, Cód. 5-2-A, f. 41

la promoción de agendas diplomáticas nacionales. Aunque el objetivo principal de este trabajo es analizar las dinámicas culturales desplegadas por el Perú en su afán de fortalecer sus relaciones internacionales, no se puede perder de vista el papel y las iniciativas culturales del resto de los países, puesto que su reciprocidad o su reticencia a estos nuevos lazos de cooperación, esclarece la configuración de las dinámicas diplomáticas de la época. Establecer un punto de partida definitivo para las prácticas diplomáticas culturales implementadas por el Perú resulta problemático, puesto que estas se definieron a partir de sus vínculos específicos con cada uno de los países de la comunidad internacional. Sin embargo, podríamos situar el inicio de la diplomacia cultural con las gestiones de la familia Salomón Lozano en tierras peruanas, a propósito de la designación de Fabio Salomón Lozano y Torrijos como ministro plenipotenciario extraordinario de Colombia para las celebraciones del centenario del Perú, en julio de 1921, y, posteriormente, ministro plenipotenciario de Colombia en el Perú. A partir de entonces, junto a sus dos hijos, Fabio Lozano Lozano y Carlos Lozano Lozano, inició un proceso de acercamiento a gran parte de la élite política e intelectual peruana. Este ambiente de familiaridad, sumado al interés de Leguía por alcanzar una pronta resolución de las controversias limítrofes con Colombia, facilitó la concreción del Tratado de Límites Salomón-Lozano, firmado el 24 de marzo de 1922.³

129

Las primeras actividades de la familia Lozano se centraron en resaltar los vínculos históricos entre el Perú y Colombia, aprovechando la figura histórica de Simón Bolívar como un

³ AHMRE 1922. Caja 831, carpeta 5, Cód. 5-8-A, f. 29

símbolo compartido de unión y fraternidad. Así, las reminiscencias bolivarianas se convirtieron en un instrumento diplomático y la imagen del Libertador ya no era solo un referente histórico, sino un puente cultural de actualidad. Bajo esa lógica, el 18 de noviembre de 1921 Fabio Lozano y Torrijo señalaba que “el Perú y Colombia se encontraban unidos por la misma matriz de ideales”, sostenidos en lo que llamó “un panamericanismo bolivariano” (*La Prensa*, 1921, 19 de noviembre, p. 4). Fue una postura recogida entonces por el escritor y periodista Clemente Palma, quien señaló que: “ha llegado el momento que Perú reconcilie sus lazos con Colombia de la mano de sus cordiales y elevados representantes” (*Variedades*, 1921, 13 de diciembre, p. 7). También se sumó a este proceso el hijo del ministro colombiano, Fabio Lozano y Lozano, que por entonces desempeñaba el cargo de secretario de la legación de su país, y que mantenía amistad con Javier Prado Ugarteche y Carlos Wiesse, dos de las más relevantes figuras de los círculos intelectuales limeños. Finalmente, en el caso de Carlos Lozano, la función principal que cumplió fue llevada a cabo ante la opinión pública colombiana, pues publicó una serie de artículos dirigidos a estrechar los vínculos entre el Perú y Colombia, que se basaban en hechos de sus constantes desplazamientos de carácter diplomático entre ambos países.⁴

130

Este acercamiento inicial sentó las bases para futuros esfuerzos de cooperación cultural e intelectual, entre los que destacó el proyecto editorial colaborativo *El mundo bolivariano*, que debía compilar investigaciones conjuntas de los diferentes institutos históricos de los países bolivarianos. La

4 AHMRE 1922. Caja 831, carpeta 5, Cód. 5-8-A, f. 72

iniciativa partió del Perú en febrero de 1923 y fue respaldada inmediatamente por Colombia, quien declaró sumarse al proyecto en nombre de la “confraternidad bolivariana”.⁵ Posteriormente, los Institutos Históricos de Venezuela, Ecuador y Bolivia también decidieron sumarse al esfuerzo. Sin embargo, la principal responsabilidad siempre recayó sobre el Perú, como principal interesado en sacar a flote un proyecto expresamente organizado para estrechar vínculos internacionales a través del trabajo compartido de sus historiadores e intelectuales. El proyecto estuvo liderado por los peruanos Luis Alberto Sánchez, Carlos Aramburu Salinas y Alejandro Belaunde, quienes realizaron misiones diplomáticas a estos países para coordinar los trabajos para *El mundo bolivariano* con los intelectuales de cada instituto. Con ese fin, no solo se reunieron con los historiadores, sino con otras autoridades políticas, e incluso con cancilleres y presidentes. Fueron misiones muy bien acogidas, que lograron formular los índices con las investigaciones en las que debían trabajar cada uno de los institutos nacionales para colaborar exitosamente con el proyecto, y recibieron el apoyo de historiadores sudamericanos reconocidos como José Restrepo Sáenz en Colombia y Vicente Lecuna Salboch en el caso de Venezuela.⁶

Este proyecto fue acompañado por una dinámica más amplia que implicó mayores flujos de producción editorial entre el Perú y otros países de la región. En ello cumplió un rol destacado Brasil, quien desde sus propias iniciativas de fomento e intercambio intelectual venía consolidando intercambios editoriales con países como Argentina y Chile. En este contexto, el Perú se esforzó por participar activamente en tales

5 AHMRE 1922. Caja 832, carpeta 2, Cód. 5-8-A, f. 114

6 AHMED 1923. Caja 831, carpeta 7, Cód. 5-8-A, f. 83

intercambios, fundamentalmente para no quedar relegado en la competencia diplomática con Chile por la preferencia de Brasil. Así, una de las iniciativas del entonces ministro plenipotenciario peruano Ernesto Tezanos Pinto fue solicitar 200 volúmenes de producción académica de la Universidad de San Marcos de Lima para su donación a la Universidad de Río de Janeiro, que se hizo efectiva a través de coordinaciones entre sus respectivos rectores, Manuel Vicente Villarán y el barón Benjamim de Ramiz Galvao. Fue un acercamiento entre ambas instituciones académicas que se vio afianzado por el traslado parcial de la biblioteca del famoso jurista brasileño Alvaro de Souza Sa Viana (1860-1923) a la Universidad de San Marcos, quien había decidido donarla a esa casa de estudios poco antes de morir.⁷ Así se aseguró el intercambio de la producción editorial e intelectual entre ambas universidades, e incluso alcanzó a otras instituciones como la Sociedad de Derecho Internacional de Brasil y el Instituto Histórico de Brasil, en las que personalidades como el conde Alfonso Celso Figueiredo y el ministro Tezanos Pinto fomentaron mayores espacios de intercambio cultural e intelectual entre el Perú y Brasil. Fue, además, una actividad que, a la postre, terminó por repercutir en la esfera política, ya que, en agosto de 1924, poco antes de la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, el propio canciller brasileño José Alves Pacheco le requirió al nuevo ministro peruano en Río de Janeiro, Víctor Maúrtua, una colección especial de libros de historia sobre la batalla de Ayacucho, a fin de poder tener un mayor conocimiento sobre la efeméride, en vista de la importancia que tenía para el Perú y para la cordial relación con Brasil.⁸

7 AHMED 1923. Caja 859, carpeta 3, Cód. 5-2-A, f.64

8 En este acercamiento cultural e intelectual, definitivamente Chile trató de no quedar relegado por lo que insistió en un mayor intercambio edi-

Poco antes del centenario de la batalla de Ayacucho, el intercambio editorial se complementó con la cesión de piezas y objetos históricos vinculados a personalidades de las gestas independentistas. La legación de Venezuela ofreció en calidad de préstamo la espada de Bolívar y el estandarte de Pizarro, como un testimonio de los lazos históricos que unían a ambas naciones, dado que dichos objetos habían sido entregados a Bolívar y Sucre tras la victoria en Ayacucho.⁹ A ello se sumó la adquisición de piezas históricas que el Perú venía recolectando a fin de instalarlas en el Museo Bolivariano que estaba por inaugurar las nuevas salas dedicadas a San Martín y Bolívar. En el caso particular de Ecuador se gestionó la adquisición de una serie de muebles y un espejo que pertenecieron a Sucre, que por entonces se encontraba en posesión de Rosa Matilde Hurtado, descendiente de Juan José Flores, el célebre caudillo ecuatoriano. Sin embargo, este intercambio de piezas históricas no estuvo exento de tensiones y recelos, particularmente cuando se hizo público que el historiador ecuatoriano Alfredo Flores Caamaño había vendido al Estado peruano parte del archivo de Sucre, recibido como heren-

torial a partir de donación de 400 volúmenes de producción académica chilena realizado bajo la coordinación del ministro de Chile en Brasil Miguel Cruchaga, quien por entonces venían desarrollando un proceso de acercamiento entre los institutos académicos chilenos y brasileños. AHMED 1923. Caja 859, carpeta 4, Cód. 5-2-A, f.53.

- 9 Desde Ecuador, a medida que se acercaba el centenario de la batalla de Ayacucho y, siendo testigo del acercamiento entre el Perú y Venezuela, también se esbozó la posibilidad de brindar a préstamo la espada del Mariscal de Ayacucho para la fiesta centenaria. Esta posición provino de la opinión pública, principalmente del diario *El Comercio*, en el que se publicaron varios artículos que proponían esta acción como un gesto oportuno de acercamiento, Aunque eventualmente fue recogida, no llegó a concretarse debido una serie de recelos, producto de las adquisiciones que el Perú venía haciendo para el Museo Bolivariano en Lima. AHMED 1923. Caja 862 , carpeta 1, Cód. 5-12-A, f. 31

cia de su abuelo Juan José Flores, por la suma de veinte mil sucrens. Las primeras noticias sobre esta transacción se publicaron en la prensa ecuatoriana a través de Nicolás F. López, un periodista cercano a los círculos diplomáticos de Chile. Al poco tiempo, este suceso cobró mayores dimensiones: la Academia Histórica de Ecuador se pronunció en contra de la venta, y el propio canciller Nicolás Ponce Borja junto al presidente José Luis Tamayo tuvieron que tomar una posición reticente. Así, se despertaron desconfianzas latentes que aún se mantenían entre ambos países, conduciendo a una oleada de exacerbación nacionalista que amenazó con quebrar los lazos diplomáticos que se habían estrechado a partir de la reciente promulgación del protocolo de límites.¹⁰

Estas crispaciones, derivadas de un nacionalismo intransigente y la desconfianza recíproca, no se limitaron únicamente a las relaciones entre el Perú y sus contrapartes del ámbito bolivariano. En una esfera más amplia, figuras como las de San Martín y Bolívar, representativas de los procesos independentistas en Sudamérica, se vieron inmersas en una competencia simbólica que puso a prueba la influencia y el alcance que cada uno de ellos ejerció en la empresa emancipadora. Durante el aniversario patrio peruano de 1921, Perú y Argentina elevaron la figura de San Martín a niveles heroicos muy altos, lo que generó el recelo de Venezuela, que optó por no asistir a la celebración del centenario en Lima (Ortemberg, 2015). Luego, cuando la figura de Bolívar empezó a adquirir un papel central en las conmemoraciones del centenario de la batalla de Ayacucho, y la figura de San Martín comenzaba a desvanecerse, se hizo palpable la inquietud

10 AHMED 1924. Caja 862, carpeta 3, Cód. 5-12-A, f. 94.

en Argentina. Para mediados de 1922, de cara a esta nueva conmemoración, se temía que la fricción entre ambas figuras heroicas terminara, en esta ocasión, con la ausencia de Argentina (Ortemberg, 2015).

La situación vino a complicarse más aún a raíz del discurso pronunciado por el parlamentario peruano Aníbal Maúrtua el 9 de diciembre de 1922, quien propuso la promulgación de una ley que estableciera el 9 de diciembre de 1824 como fecha de la verdadera emancipación del Perú. En su intervención, el representante por Pachitea señaló que “el general San Martín, al invadir el Perú, mitigó los ideales nacionalistas que imponían la acción de peruanos como Riva Agüero, el Conde de la Vega y otros que habían agitado aquí el espíritu revolucionario” (*El Tiempo*, 1924, 11 de diciembre, p. 6). Su propuesta pasaba por suprimir el 28 de julio como la fiesta patria peruana y trasladarla al 9 de diciembre puesto que, a su juicio, la llegada de San Martín solo reflejaba los deseos geopolíticos de Chile y Argentina de asegurar sus respectivas independencias, para luego dejar “sembrada la discordia intestina”, En contraste, Maúrtua destacó que

la batalla de Ayacucho fue una lucha compuesta por indios peruanos, donde Gamarra fue el jefe de estado mayor que trazó el plan de la campana, donde Castilla actuó brillantemente, donde Rubín de Celis, Bermúdez y otros oficiales peruanos secundaron a los jefes colombianos, y es en Ayacucho donde en verdad quedó sellada con sangre peruana la soberanía del Perú (*El Tiempo*, 1924, 11 diciembre 11, p. 6).

Más aún, gran parte de estas lecturas históricas sobre los procesos independentistas respondían al lente de las dinámicas diplomáticas emprendidas en el marco de los centenarios. La

elección de Marcelo Torcuato de Alvear en la presidencia de Argentina, y su predisposición de acercarse a Chile, liderado entonces por Arturo Alessandri, guardaba correspondencias con la propia narrativa histórica defendida por Maúrtua. A su juicio, la presencia del ejército aliado comandado por el general San Martín no vino necesariamente a restablecer la soberanía de los peruanos, sino más bien a someterla puesto que, según una documentación inédita, la llegada del ejército chileno a tierras peruanas fue el resultado de un acuerdo que buscaba establecer un protectorado chileno sobre el territorio peruano. De acuerdo con su argumentación, este hecho explicaría por qué San Martín no actuó en el Perú con la misma independencia con la que había procedido en Chile. Tales afirmaciones, como era previsible, suscitaron un encendido debate público.

Casi de inmediato, el historiador César García Rosell respondió mediante una carta pública en la cual desestimó las aseveraciones de Maúrtua dirigido a “encender los ánimos entre Perú y Argentina favoreciendo el juego de discordia chilena” (*El Tiempo*, 1922, 13 de diciembre, p. 4). Por su parte, Manuel C. Bonilla también desestimó las afirmaciones de Maúrtua al considerarlas infundadas, sosteniendo que la mejor defensa de San Martín, ante la ausencia de pruebas documentales, estaban en la rivalidad que siempre mantuvo con Thomas Cochrane, el comandante de la armada chilena, así como la persecución que sufrió en su propia patria, luego de retirarse del Perú. Además, subrayó que la exclusión de los peruanos del gobierno de San Martín, que hacía notar el parlamentario Maúrtua, no era consistente con el hecho de que hubiera nombrado a Hipólito Unanue como uno de los ministros de su régimen (*El Comercio*, 1922, 13 de diciembre).

En medio de este debate, la cancillería peruana, temerosa de que aquello pudiera provocar la ausencia de Argentina en la fiesta del centenario de la batalla de Ayacucho, optó por intervenir estratégicamente con el propósito de atenuar las tensiones derivadas de los agravios nacionales. A través de la coordinación entre Emilio del Solar, ministro plenipotenciario del Perú en Buenos Aires; César Elejalde Chopitea, encargado de negocios en Venezuela; y Alberto Salomón Osorio, entonces canciller peruano, se promovió un proceso de acercamiento entre la república de Venezuela y Argentina. Esfuerzo que culminó en el acuerdo de un intercambio simbólico que implicaba la entrega recíproca de monumentos representativos de sus héroes patrios: Venezuela se comprometía a donar un monumento de Simón Bolívar a Argentina, mientras que esta última correspondería con un monumento de José de San Martín para Venezuela. De este modo, la cancillería peruana logró mitigar, al menos parcialmente, el recrudecimiento de las tensiones entre ambos países en vísperas del centenario de la batalla de Ayacucho.¹¹

Gran parte de las dinámicas de acercamiento entre el Perú y los otros países de la región se construyeron a partir de los vínculos entre diversas personalidades de las esferas política e intelectual. Así, durante el centenario de la independencia peruana, el presidente Leguía había reactivado la orden del sol, con el propósito de otorgarla a personalidades públicas que demostrarían simpatía hacia la posición peruana en la arena internacional. Simultáneamente, el gobierno peruano desplegó un conjunto de iniciativas conmemorativas orientadas a fortalecer su posicionamiento en la región. Entre estas

11 AHMED 1922. Caja 858, carpeta 2, Cód. 5-1-A, f. 35

se encontraba la donación de monumentos y placas conmemorativas a países considerados relevantes para sus intereses de política exterior. Este enfoque se enmarcaba en una lógica diplomática que concebía la reciprocidad simbólica como un medio eficaz para asegurar apoyos en cuestiones sensibles, especialmente en el conflicto con Chile por la soberanía de Tacna y Arica (Nieto, 2024).

Durante las propias celebraciones conmemorativas, el gobierno peruano profundizó su estrategia de aproximación mediante una diplomacia cultural proactiva llevada a cabo por sus diferentes legaciones diplomáticas. En este sentido, se distinguió con la Orden del Sol a intelectuales y políticos prominentes como los argentinos José León Suárez y Alfredo Palacios, así como a los brasileños Miguel de Mello y Julio Barbosa, quienes habían mostrado disposición favorable hacia la posición peruana en la disputa con Chile. También se entregaron marcos ornamentados con balas recolectadas de la pampa de Ayacucho a los delegados militares de los países de la región, reforzando así un imaginario de unidad regional sustentado en gestas independentistas compartidas. Por su parte, la diplomacia chilena desplegó estrategias análogas con el propósito de afianzar su influencia internacional. A través de la distribución sistemática de medallas honoríficas, Chile procuró consolidar vínculos con actores influyentes en el ámbito periodístico, intelectual, jurídico y militar, así como con altas autoridades gubernamentales, incluidos presidentes y cancilleres de países vecinos. De este modo, Perú y Chile se enfrascaron en una carrera de persuasión a diferentes personalidades que consideraron claves para conseguir sus objetivos en política exterior (Nieto, 2024).

El caso del general ecuatoriano Octavio Icaza García constituye un ejemplo ilustrativo de cómo operaban las lógicas de aproximación diplomática y compensación simbólica mediante la concesión de condecoraciones a personalidades estratégicas en el ámbito regional. En 1922, Icaza, entonces a cargo del Ministerio de Guerra, decidió contratar una misión militar italiana para capacitar a las fuerzas armadas ecuatorianas. Esta medida representaba un cambio significativo respecto al vínculo tradicionalmente estrecho que el ejército ecuatoriano mantenía con el chileno, al cual solía recurrir en la contratación de misiones militares de instrucción y asesoramiento. Tal decisión fue recibida con marcada suspicacia por parte de la diplomacia chilena, que percibía la iniciativa de Icaza como una señal de alineamiento con los intereses peruanos.¹² Fue bajo este supuesto que el 1 de septiembre de 1924, tras la salida de Icaza del Ministerio de Guerra, la legación chilena decidió condecorar a las fuerzas militares ecuatorianas, de modo que la figura de Icaza se viera obviada, al punto de condecorar a muchos de sus subalternos, pero no al general. Este desplante fue asumido por todos como una suerte de castigo por, supuestamente, auspiciar el acercamiento con el Perú.¹³ Paradójicamente, este gesto contribuyó a consolidar precisamente aquello que buscaba evitar. La exclusión de Icaza generó un espacio propicio para que

12 La interpretación chilena de este acontecimiento se basó en la presunción de que Ecuador, al optar por una misión italiana, manifestaba una inclinación a distanciarse de la influencia chilena, abriendo así un espacio potencial para un acercamiento con Perú. AHMED 1924. Caja 862 , carpeta 4, Cód. 5-12-A, f. 52

13 Hasta entonces, Octavio Icaza no había tenido ninguna vinculación con el Perú, y la decisión de optar por una misión italiana se basó, más bien, en aspectos técnicos antes que en preferencias geopolíticas. AHMED 1924. Caja 862 , carpeta 4, Cód. 5-12-A, f. 52

el gobierno peruano emprendiera una estrategia de aproximación con el general y su entorno inmediato. De acuerdo con el ministro peruano en Ecuador, Enrique Castro Oyanguren, la estrategia consistió en aprovechar las disensiones internas y los cambios en la estructura de mando del ejército ecuatoriano para obtener apoyos estratégicos. En este sentido, se organizó un banquete en honor de Icaza en la legación peruana, evento que sirvió como punto de partida para un acercamiento más sistemático. Luego, agentes periodísticos peruanos se encargaron de construir una narrativa de oposición y disyuntiva dentro del ejército ecuatoriano y señalaron que gran parte de sus unidades empezaban a preferir, como Icaza, relaciones internacionales con el Perú dejando de lado la dependencia de Chile.¹⁴ Este tipo de maniobras propagandísticas evidencian cómo la diplomacia cultural y simbólica se entrelazaba con estrategias propias de la realpolitik, donde la manipulación de narrativas y la construcción de imaginarios políticos desempeñaban un rol fundamental en la consecución de objetivos específicos. Asimismo, meses antes de la celebración del aniversario de Ayacucho, se intensificaron las acciones diplomáticas orientadas a consolidar redes de interacción con personalidades influyentes de la región. La estrategia delineada por el canciller Alberto Salomón Osorio consistía en generar un tejido de relaciones transnacionales que incluyera a individuos de prestigio vinculados, tanto simbólicamente como genealógicamente, a los procesos independentistas de la región. Para ello, las diversas legaciones diplomáticas peruanas en el exterior fueron instruidas para invitar a aquellas personalidades cuya presencia en las celebraciones contribuiría a proyectar una imagen de cohesión

14 AHMED 1924. Caja 862, carpeta 4, Cód. 5-12-A, f. 87

regional bajo la égida peruana. El gobierno peruano destinó un crucero con el propósito expreso de transportar a dichas personalidades desde los principales puertos de sus respectivos países hasta el Perú, cubriendo los gastos derivados de su desplazamiento y estadía. Este gesto de hospitalidad se concebía como una manifestación de prestigio diplomático y un recurso para fortalecer alianzas estratégicas en el marco de la conmemoración.

Resulta especialmente significativo que muchos de los invitados poseían algún tipo de filiación hereditaria con figuras protagónicas de las gestas emancipadoras, lo cual aportaba un valor simbólico añadido a su presencia en las ceremonias oficiales. En el caso de Colombia se cursó una invitación a Maximiliano Mesa Córdova y sus hijos María Mesa Nicholls y Alejandro Mesa Nicholls, quienes eran descendientes de los generales Salvador Córdova Muñoz y José María Córdova Muñoz. Cada uno de los Meza tenía un rol importante en el ámbito de las propias celebraciones del centenario. Así, María Mesa Nicholl estaba casada con Ernesto Daza Quijano, un intelectual colombiano que trabajaba en unas publicaciones favorables a la amistad entre los países bolivarianos y, en el caso Alejandro Mesa Nicholls, su figura como historiador y dramaturgo, autor de la obra *Laura candente*, que ganó el concurso internacional del centenario de la batalla de Boyacá en 1919, lo señalaba como un referente de los logros de las celebraciones del centenario.¹⁵ En el caso de Ecuador, fue relevante la invitación a los descendientes del Mariscal Antonio José de Sucre: Mercedes Sucre, Ramón Sucre C. y Águeda Sucre, quienes protagonizaron la ceremonia de inau-

15 AHMED 1922. Caja 832, carpeta 4, Cód. 5-8-A, f. 46

guración del monumento a su ilustre antepasado en el Perú. Mercedes Sucre, además, contraió matrimonio en el Perú con el venezolano Rafael Villanueva Mata, representante de su país para las fiestas del centenario y próximo ministro plenipotenciario en Lima.¹⁶

Otro componente central de la estrategia para atraer a personalidades influyentes del ámbito intelectual y académico fue la organización de la Tercera Conferencia Científica Panamericana. Inicialmente prevista para mayo de 1924, este evento fue postergado estratégicamente por el canciller Alberto Salomón Osorio para diciembre del mismo año, con el propósito expreso de asociarlo estrechamente con las festividades conmemorativas del centenario de la Batalla de Ayacucho. Esta maniobra evidenciaba la intención de articular las dimensiones simbólica y científica bajo un mismo marco celebratorio, maximizando así el impacto de la diplomacia cultural en favor de los intereses peruanos. La planificación de la conferencia permitió que, tras la culminación de las ceremonias políticas y diplomáticas hacia mediados de diciembre de 1924, el Estado peruano pudiera orientar sus esfuerzos hacia la consolidación de las relaciones académicas y científicas en un contexto que favoreciera sus objetivos geopolíticos. La participación de intelectuales y académicos procedentes de países como Brasil, Argentina, Ecuador y Colombia fue facilitada mediante el financiamiento estatal peruano, que cubría tanto el transporte como la estadía de numerosos delegados. Estos invitados fueron alojados en el recién inaugurado Hotel Bolívar, símbolo de modernidad y hospitalidad diseñado para impresionar a las delegaciones extranjeras. La gran mayoría de estos académicos ya había de-

16 AHMED 1924. Caja 862, carpeta 3, Cód. 5-12-A, f. 29

mostrado simpatía por la causa peruana y su participación en el Congreso Científico Panamericano era fundamental para mostrar un respaldo efectivo a los intereses del Perú. Dentro de esta lógica diplomática, los análisis, estudios, interpretaciones e investigaciones del certamen harían confluir las reminiscencias independentistas de la efeméride regional con la geopolítica contemporánea.

Así, el Tercer Congreso Científico Panamericano se inauguró el 22 de diciembre de 1924, aunque muchas delegaciones académicas ya se encontraban en Lima, habiendo llegado junto a las misiones nacionales para participar en las celebraciones del centenario de la batalla de Ayacucho. Previsiblemente, las exposiciones, grupos de trabajo y debates que tuvieron lugar se construyeron en gran medida a partir de la propia efeméride histórica que el continente venía celebrando. Las comisiones de los historiadores brasileños fueron las más extensas, y dedicaron gran parte de sus indagaciones a los períodos precolombinos y a los análisis antropológicos sobre el hombre americano. Trabajos como los de Arthur Neiva, director del Museo Nacional de Río de Janeiro, abordaron aspectos vinculados a la conmemoración del Día de la Raza, al que llamó Día de América a fin de rescatar la idea del Nuevo Mundo como fundamento de la identidad continental, capaz de trascender las diferencias entre las distintas matrices culturales (*El Tiempo*, 1924, 28 de diciembre). De igual modo, estuvieron presente los análisis en torno a la representación y la importancia que tenía el Amazonas en la formulación de esa identidad. Tangencialmente, también se abordaron las tensiones que había provocado entre el Perú, Brasil y Colombia la reciente incorporación de esta última nación a la administración del río Amazonas (*El Tiempo*, 1924, diciembre 30).

Asimismo, en el congreso se produjeron estudios desde la perspectiva de los países bolivarianos. Un estudio llamativo fue el del venezolano José E. Machado sobre la autenticidad y la importancia que tenían el estandarte de Pizarro y la espada de Bolívar, que estaba particularmente dirigido a desmentir los rumores de que el primero era una falsificación, sembrados por la prensa ecuatoriana. De manera paralela se abordaron temas relativos a las identidades continentales, en un contexto donde el Panamericanismo emergía como un discurso hegemónico promovido por los Estados Unidos (Sheinin, 2000) Para algunos, como el colombiano José Joaquín Casas, esa identidad debería sostenerse en la matriz latinoamericana o hispanoamericana, pero no en la del Panamericanismo, que, en su opinión, respondía a intereses políticos específicos orientados a consolidar la influencia estadounidense sobre sus vecinos del sur. Casas argumentaba que esta iniciativa no era genuinamente integradora, sino que formaba parte de un esquema de dominación que utilizaba instrumentos diplomáticos y jurídicos como prolongaciones de la política coercitiva aplicada previamente bajo el modelo del *big stick* promovido por el presidente Theodore Roosevelt cuando apoyó la separación de la entonces provincia de Panamá de Colombia (*La Prensa*, 1925, 2 de enero).

En contraste, otros estudiosos, como el peruano Horacio Urteaga, adoptaron una posición favorable hacia el Panamericanismo, al considerarlo un marco institucional adecuado para la articulación de intereses comunes en el continente. Desde su perspectiva, el Panamericanismo había demostrado su eficacia al ofrecer fórmulas pacíficas para la resolución de conflictos, aludiendo implícitamente a la mediación de los Estados Unidos en el diferendo de Tacna y Arica. Para

Urteaga, el recurso a mecanismos jurídicos internacionales constituía un avance significativo hacia la consolidación de la paz continental, y la participación de Estados Unidos en dichos procesos se interpretaba como evidencia de un compromiso legítimo con el orden hemisférico. Con ello, de cierto modo Urteaga trataba de congraciarse con la legación norteamericana, presente en el certamen, y en un plano más amplio, cosechar algún tipo de simpatía por la causa peruana (*El Tiempo*, 3 de enero de 1925).

Por parte de Brasil, el poeta e historiador Medeiros e Albuquerque realizó un análisis de la figura de Pedro Vicente Cañete, vinculada con los movimientos contrarrevolucionarios de las guerras de Independencia, pero también autor de la idea de formar un solo cuerpo político hispanoamericano (*El Comercio*, 1925, 3 de enero). Esta referencia a Cañete se inscribía en un esfuerzo más amplio de Brasil por participar activamente en la configuración de un discurso de identidad continental que, desde su perspectiva, debía incluir a Brasil en calidad de potencia regional emergente. Desde Colombia el diplomático Francisco José Urrutia ofreció un planteamiento distinto al vincular la identidad americana con un ideal de paz y respeto por las normas internacionales. Argumentó que el continente americano se distinguía por haber sido el escenario en el que se originó la doctrina del arbitraje como mecanismo pacífico para la resolución de conflictos. Esta idea, según Urrutia, reflejaba un espíritu genuinamente americano que contrastaba con la experiencia reciente de la Gran Guerra en Europa. Para Urrutia, la identidad continental se fundamentaba en un compromiso con la paz derivada del respeto al derecho internacional y la cooperación pacífica entre las naciones (Urrutia, 1925).

Es precisamente este último punto el que se abordó en los trabajos sobre cuestiones jurídicas de orden internacional. Por entonces, se discutía la conveniencia de emprender un proceso de codificación de normas internacionales. Este proceso de codificación suscitó intensos debates en torno a la cuestión de si dichos códigos debían reflejar estándares globales —predominantemente europeos— o si debían construirse bajo una perspectiva genuinamente americana. Esta última idea había sido sostenida por una serie de juristas estadounidenses como Elihu Root y James Brown Scott, y venía siendo respaldada por el jurista chileno Alejandro Álvarez (Scarfi, 2017). No obstante, la posición central de este último en el movimiento por la codificación del derecho internacional generó suspicacias en la diplomacia peruana. Si bien Perú buscaba mantener buenas relaciones con el *establishment* jurídico estadounidense, también recelaba de un proyecto de codificación que pudiera ser instrumentalizado en favor de Chile en el conflicto sobre Tacna y Arica. En respuesta, la diplomacia peruana coordinó con juristas brasileños de la talla de Rodrigo Otávio de Langgaard para bloquear los intentos de Álvarez y de la delegación norteamericana de establecer las bases de un derecho internacional americano, y pidieron la presencia de juristas de la Sociedad Naciones, en su mayoría europeos, para colocar en entredicho la posibilidad de una codificación de normas internacionales exclusivamente americana (Instituto Americano de Derecho Internacional, 1924).

De este modo, el centenario de la batalla de Ayacucho y la Tercera Conferencia Científica Panamericana fueron acontecimientos en los que la diplomacia peruana intervino para conseguir sus objetivos de política exterior, centrados entonces en obtener un resultado en el arbitraje que definiría el destino

de las provincias de Tacna y Arica. Ello cobró una dimensión mayor cuando, el 5 de enero de 1925, se convocó a toda la prensa internacional aún presente en Lima para que miembros de la Asociación Patriótica de Tacna ofrecieran su testimonio directo sobre la situación de opresión que se vivía en la actualidad en las mencionadas circunscripciones peruanas aún bajo administración chilena (*El Tiempo*, 1925, 18 de enero).

3. Lógicas multilaterales: La confrontación entre el ABC y la alianza bolivariana

Los esfuerzos del Perú por impulsar y sostener una dinámica diplomática basada en el acercamiento cultural tuvieron que enfrentarse a las complejas dinámicas de poder en el continente. En una esfera más amplia, las iniciativas nacionales se vieron atravesadas por lógicas multilaterales que, mediante la formación de agrupaciones o alianzas potenciales, buscaban articular mecanismos de balance frente a la eventual consolidación de bloques con intereses divergentes. De un lado, el bloque del ABC (Argentina, Brasil y Chile) cristalizaba un intento de cohesión estratégica orientado a consolidar su preeminencia en la región meridional de América del Sur. De otro, las repúblicas bolivarianas —motivadas tanto por el ideario integracionista de su tradición histórica como por un sentido pragmático de autodefensa— procuraban evitar su marginación frente a una asociación que podría alterar significativamente la configuración de poder en el subcontinente. Para el Perú, esta situación fue particularmente relevante, dado que su política exterior históricamente había recurrido a la injerencia de la comunidad internacional en su disputa con Chile como forma de equilibrar su desventajosa posición militar. De modo que la posibilidad de un alineamiento estratégico entre Chile, Brasil y Argentina constituía un es-

cenario altamente desventajoso para los intereses peruanos. Para contrarrestarlo, el Perú optó por fortalecer sus vínculos con los países bolivarianos, como un mecanismo de disuasión destinado a contrarrestar la consolidación de un bloque potencialmente hostil.

Los orígenes de la confrontación entre el grupo del ABC se remontan a la década de 1910, en un contexto de creciente competencia por la hegemonía regional en Sudamérica. Ya en esos años se especulaba sobre la posible formalización de un pacto entre los países del ABC con miras a establecer un régimen de liderazgo regional. Esta perspectiva despertó inquietud entre los Estados del norte del subcontinente, motivando una respuesta coordinada. En 1911, se celebró en Caracas un congreso bolivariano en el que, a propuesta de los delegados ecuatoriano José Peralta y peruano Melitón Porras, se acordó un Tratado de Paz y Amistad Bolivariana. Este acuerdo comprometía a sus signatarios a respaldarse en caso de enfrentarse a un conflicto con un país ajeno a la alianza (Amorebieta y Vera, 2022). Aunque este esfuerzo no tuvo repercusiones inmediatas, Chile continuó buscando alianzas con Brasil y Argentina. Sin embargo, las tensiones latentes no se diluyeron, sino que evolucionaron a medida que nuevos episodios de conflicto emergían en la región. Durante la década de 1920, particularmente en el contexto de la disputa peruano-chilena por Tacna y Arica, la percepción de un acercamiento entre Chile, Brasil y Argentina adquirió renovada vigencia. Un momento clave ocurrió en marzo de 1923, durante la Quinta Conferencia Panamericana celebrada en Santiago de Chile. En este evento, las ausencias del Perú y Bolivia, debido a incidentes vinculados con las secuelas de la Guerra del Pacífico, facilitaron a Chile la oportunidad de promover nuevamente una alianza con Brasil y Argentina.

Apelando a los principios de confraternidad panamericana, se propusieron iniciar un proceso de desarmes que pueda evitar potenciales conflictos entre ellos, en la misma línea de las conferencias navales promovidas por Washington desde 1921 (Petersen, 2014).

No obstante, los países del ABC, siendo las potencias militares predominantes de la región, compartían, asimismo, historias de recelos y rivalidades, cuya motivación era el temor a que una eventual superioridad militar de uno de ellos pudiera amenazar la seguridad de los otros dos. Se habían embarcado, pues, en carreras armamentísticas que buscaban no solo asegurar su defensa de cada país, sino también evitar quedar rezagado respecto de los otros en la pugna por el equilibrio de poder en la región (Orso, 2009). En esta situación, la propuesta de Chile buscaba tanto establecer un mecanismo de desarme que pudiera mitigar una carrera armamentística millonaria como también pactar una alianza de defensa mutua que elevara por igual a las tres potencias a la cabeza del concierto de las naciones americanas. A la cabeza de la iniciativa y del planeamiento de la alianza estaba el diplomático chileno Agustín Edwards, quien fue secundado en la empresa por el canciller brasileño José Alves Pacheco y el canciller argentino Ángel Gallardo, quienes propusieron materializar esas aspiraciones con un tratado internacional. Luego de muchas consideraciones, la firma terminó postergándose frente a la posibilidad de que el proceso de desarme fuera contraproducente y los dejara expuestos a una agresión oportunista. No obstante, se dejó abierta la posibilidad de futuras negociaciones (Pan American Union, 1923).

La ausencia del Perú en el certamen lo colocó en una posición desventajosa. Una posible alianza del ABC era contraria

a sus intereses, pues indirectamente colocaba a Argentina y a Brasil de lado de Chile en la disputa por las regiones de Tacna y Arica. De modo que, ante ese escenario, y sin la posibilidad de saber a ciencia cierta los niveles de convergencia de aquella tres naciones y sus alcances, decidió establecer dos estrategias paralelas: por una parte, apostó por la formación de la alianza bolivariana, lo que le permitiera tener cierto respaldo regional ante una eventual alianza ABC y, por la otra, se empeñó en disuadir a Brasil y a Argentina de la suscripción de una alianza semejante. Esta última labor recayó en Ernesto Tezanos Pinto y Emilio del Solar, ministros plenipotenciarios en Río de Janeiro y en Buenos Aires, respectivamente. Su enfoque inicial consistió en influir en la opinión pública de ambas capitales y redireccionar las incipientes voluntades favorables a un bloque ABC. En diarios como *La Época* y *La Nación* en Buenos Aires, así como *O Paiz* y *Jornal do Commercio* en Río Janeiro, los diplomáticos peruanos intentaron sembrar dudas respecto a las verdaderas intenciones de chilenas, sugiriendo que cualquier pacto de desarme sería utilizado por Chile como un medio para neutralizar a sus potenciales rivales mientras su propio poder militar continuaba en expansión. La retórica peruana, cuidadosamente articulada, presentaba a Chile como un actor interesado en consolidar su posición dominante a través de métodos diplomáticos que, en realidad, encubrían una estrategia expansionista.¹⁷

150

Por su parte, Brasil y Argentina, conscientes de que la verdadera pugna por el liderazgo regional se definía entre ambos, evaluaban a Chile como un jugador secundario en el escenario sudamericano. Sin embargo, ante la posibilidad de

17 AHMED 1923. Caja 859, carpeta 7, Cód. 5-2-A, f. 25

que una alianza bolivariana se materializara, estaban abiertos a pactar con los chilenos para contrarrestarla. Fue en estas circunstancias cuando el presidente peruano, Augusto B. Leguía, efectuó una invitación a sus pares de Sudamérica para una reunión en Lima durante las fiestas del centenario de la batalla de Ayacucho. Este evento fue percibido por Brasil y Argentina como un punto de inflexión potencialmente adverso: una coyuntura propicia para que los Estados bolivarianos formalizaran un pacto estratégico que institucionalizara su cooperación y coordinación. Por lo mismo, la propaganda chilena se dedicó a difundir que, entre los muchos acuerdos que se iban a alcanzar en Lima, estaba uno particularmente alarmante: un secreto de asistencia mutua y protección recíproca entre los países de orientación bolivariana. Este discurso fue empleado deliberadamente para acentuar la percepción de amenaza en Buenos Aires y Río de Janeiro, contribuyendo así a que la consolidación de la llamada Alianza ABC se percibiera como un imperativo estratégico urgente.¹⁸

No obstante, el núcleo de las disputas entre Perú y Chile por la influencia sobre Argentina y Brasil trascendía el mero control de la opinión pública. Su verdadera esencia radicaba en la capacidad de cada uno para ejercer una influencia efectiva sobre la toma de decisiones en Buenos Aires y Río de Janeiro. Con la proximidad del centenario de la batalla de Ayacucho, también jugaron un papel relevante las simpatías tradicionales entre países. Por un lado, históricamente, Perú y Argentina habían mantenido una suerte de alianza tácita dentro del sistema panamericano: el Perú apoyaba las iniciativas argentinas y, a su vez, Argentina se sumaba a las propuestas

18 AHMED 1923. Caja 859, carpeta 6, Cód. 5-2-A, f. 47

peruanas (Nieto, 2023). Sin embargo, bajo la presidencia de Marcelo Alvear en Argentina y Arturo Alessandri en Chile, ambos países intensificaron sus acercamientos. En contraste, Perú y Brasil, que no habían mantenido relaciones relevantes empezaron a cultivar vínculos diplomáticos y culturales. Esta nueva afinidad se veía impulsada principalmente por las intenciones del Perú y Brasil de anular el tratado Salomón-Lozano con Colombia, en el que este último se beneficiaba con su acceso a la administración del Amazonas (Tudela, 1925).

Estas dinámicas en la esfera política de alto nivel encontraron su paralelo en las arenas cultural e intelectual regionales. Diversos académicos y periodistas promovieron y reforzaron las tendencias de acercamiento entre los países involucrados. La relación entre el Perú y Brasil se había visto fortalecida particularmente a través de la administración del Amazonas que compartían de acuerdo con su tratado de límites. Este aspecto fue destacado en los discursos del ministro peruano Víctor Maúrtua y, en especial, en el de Max Fleiuss, secretario del Instituto Histórico de Brasil, quien explicó que su país transitaba hacia una nueva etapa de reorientación estratégica: de un enfoque tradicionalmente centrado en sus relaciones con los países del Atlántico hacia uno más amplio y moderno, orientado al fortalecimiento de sus vínculos con Perú a través de la gestión compartida del Amazonas.¹⁹ Simultáneamente, en las relaciones entre Perú y Argentina, se produjeron tensiones y desacuerdos entre algunos académicos. El caso más notable fue el que se produjo entre el peruano Víctor J. Guevara y el jurista argentino Alfredo Palacios, en torno a la publicación del libro de Guevara, *La cuestión del Pacífico*.

19 AHMED 1924. Caja 860, carpeta 3, Cód. 5-2-A, f. 98

Ahí Guevara afirmaba que las circunstancias internacionales revelaban las verdaderas lealtades de los amigos del Perú, que estuvieron en Venezuela, Bolivia y Colombia, pero lamentablemente no en Argentina (*El Comercio*, 1924, 27 de abril).

Estas afirmaciones recibieron la inmediata respuesta del jurista argentino quien reivindicó su compromiso con la causa peruana y el apoyo de la gran mayoría de los juristas y hombres de letras bonaerenses. Palacios argumentó que un gobierno transitorio en Argentina que se inclinaba convenientemente hacia Chile no podía definir la tradición de todo el país, y advirtió que el Perú estaba cometiendo un grave error al fomentar una alianza opositora a los intereses argentinos con otros países, lo que podría conducir a una escalada regional (*El Comercio*, 1924, 12 de mayo). En estas circunstancias, el ministro peruano en Argentina, Emilio del Solar, intervino para aclarar que la potencial alianza bolivariana era, en realidad, una estrategia para contrarrestar las maniobras chilenas, que estaban intentando emplear tácticas semejantes para sofocar las gestiones diplomáticas peruanas. Además, sugirió que Chile podría estar buscando desentenderse del arbitraje norteamericano acordado para resolver la cuestión de Tacna y Arica, al tiempo que recurría a su acercamiento con Brasil y Argentina ante un eventual incumplimiento de las normas internacionales.²⁰

Un análisis minucioso de las gestiones diplomáticas emprendidas por funcionarios peruanos en las legaciones de los denominados países bolivarianos revela que, más allá del avance progresivo del bloque ABC, el Perú realmente desplegaba una estrategia paralela orientada a consolidar un agrupamiento bo-

20 AHMED 1924. Caja 859, carpeta 3, Cód. 5-1-A, f. 59

livariano que le proporcionara un mayor nivel de influencia regional a partir de su condición de anfitrión de las celebraciones del centenario de 1924. Desde la perspectiva de Castro Oyanguren, ministro peruano en Ecuador la conmemoración de los cien años de la batalla de Ayacucho era la coyuntura propicia para plantear un mayor acercamiento entre los países del norte de la región. Castro Oyanguren enfatizaba que

La coyuntura de unión íntima y estrecha entre las repúblicas creadas por el genio de bolívar preparan el terreno; en una ocasión única en la historia, porque nada seduce más a Colombia, Ecuador y Venezuela que acercarse durante el centenario de Ayacucho como fecha más propicia para iniciar este movimiento de cooperación.²¹

En este esquema, el Perú se proponía no solo como un actor relevante, sino como el líder natural de la eventual coalición. Para Castro Oyanguren, la nación peruana poseía atributos históricos y estratégicos que la convertían en el núcleo legítimo de un proyecto integracionista fundado en principios bolivarianos. En sus palabras:

Puesto que para el Perú volvieron las antiguas épocas de esplendor en que Lima era la metrópoli de todo el movimiento internacional del continente, el Perú es el indicado a ser el núcleo central del centro de gravedad de esta confederación, por su historia y por su relativa fuerza entre las cinco repúblicas.²²

Así, más allá de las contingencias propias de la competencia geopolítica regional, el Perú intentaba simultáneamente

21 AHMED 1924. Caja 862 , carpeta 4, Cód. 5-12-A, f. 37

22 AHMED 1924. Caja 862 , carpeta 4, Cód. 5-12-A, f. 37

disuadir a Argentina y Brasil de adherirse a la órbita de influencia chilena, mientras continuaba cultivando una alianza bolivariana que pudiera servir como mecanismo efectivo de proyección regional y contrapeso estratégico frente a la consolidación del ABC.

4. Las relaciones bilaterales

Las lógicas multilaterales definieron gran parte de la dinámica diplomática regional en vísperas del centenario de la batalla de Ayacucho. Sin embargo, el vínculo que el Perú desarrolló con los países de la región se definió principalmente a partir de las propias características específicas de cada país sudamericano y del vínculo que por entonces estableció con estos. Así, se torna imprescindible un análisis diferenciado de cada caso, especialmente aquellos cuyas orientaciones resultaron funcionales a la política exterior peruana poco antes del centenario de la batalla de Ayacucho.

Dentro de este marco, resulta notable el acercamiento del Perú tanto hacia Ecuador como hacia Venezuela, especialmente porque ambos estuvieron ausentes durante la celebración del centenario peruano en 1921. Este hecho confería a sus vínculos con el Perú un carácter particular, dado que sus respectivas ausencias podían ser interpretadas como síntomas de distanciamiento o, alternativamente, como oportunidades para revitalizar las relaciones diplomáticas mediante propuestas de cooperación. En el caso de Ecuador, el acercamiento se desarrolló en dos fases claramente delimitadas. Una primera, liderada por el diplomático peruano Víctor Maúrtua, que va desde 1922 hasta 1923, y una segunda encabezada por Enrique Castro y Oyanguren, que va desde 1923 hasta la propia celebración del centenario de la batalla de Ayacucho

en diciembre de 1924. En el caso de la gestión de Maúrtua es importante destacar su vinculación con diversos políticos y juristas ecuatorianos, así como su propuesta de buscar una solución a las diferencias limítrofes. Defendía que esta debía fundarse en las nuevas normativas internacionales que se venían esbozando en los foros internacionales, fuera uno garantizado por potencias extranjeras u organismos internacionales, a fin de encontrar espacios de negociación multilateral.²³ Una vez suscrito el arbitraje con Chile dentro de la órbita de Washington, precisaba Maúrtua, tanto el Perú como Ecuador podrían resolver su propio litigio limítrofe bajo el auspicio de los Estados Unidos. Este último aspecto fue muy bien recibido en Ecuador, lo que permitió un trabajo conjunto más congruente entre los agentes diplomáticos peruanos y la élite política ecuatoriana en busca de un acuerdo limítrofe definitivo.²⁴

Sin embargo, la opinión pública ecuatoriana mantenía aún grandes niveles de recelos frente al Perú y sus modos de negociación. La información que circulaba en los medios señalaba que el objetivo real del Perú era contener las demandas ecuatorianas temporalmente para concentrar su diplomacia en su disputa con Chile, bajo la premisa de que, una vez solucionado ese conflicto, iba a obviar la negociación llevada a cabo con Ecuador e impondría la fuerza militar como medio de disuasión. La persistencia de estas percepciones desfavorables fue subrayada por el propio Maúrtua en un informe dirigido al canciller peruano Alberto Salomón. En dicho informe, Maúrtua reconocía que, pese a todos sus esfuerzos por proyectar al Perú como un interlocutor diplomático más

23 AHMED 1922. Caja 861 , carpeta 5, Cód. 5-12-A, f. 62

24 AHMED 1922. Caja 861 , carpeta 5, Cód. 5-12-A, f. 97

atractivo que Chile, el sentimiento prochileno seguía siendo dominante en ciertos sectores de la opinión pública ecuatoriana. Al respecto, Maúrtua afirmaba que: “no cabe esperar que un país de espíritu tan profundamente arraigado a favor de Chile a quien se ha presentado siempre como el protector armado del Ecuador contra los desmanes del Perú, vaya a extirparse de un momento a otro”.²⁵ Frente a esta situación adversa, el canciller peruano optó por reorientar su estrategia. En lugar de priorizar las negociaciones formales con los diplomáticos ecuatorianos, decidió concentrar sus esfuerzos en contrarrestar la propaganda desfavorable que circulaba en los medios de comunicación ecuatorianos. Para ello, delegó esta misión a alguien con mayor apertura hacia la prensa ecuatoriana: el periodista Enrique Castro Oyanguren. Así se inició una segunda etapa de acercamiento a Ecuador que trató de redireccionar las preferencias de su opinión pública.²⁶

La primera medida del nuevo ministro peruano fue visitar a diferentes grupos de prensa y editores, con el objetivo de asegurar relaciones más cordiales con la legación peruana. Este esfuerzo obtuvo resultados alentadores, evidenciados por la publicación de un editorial en *El Comercio*, el órgano más relevante de la prensa quiteña, invitando a sus pares periodísticos a la conciliación y la concordia con la legación peruana como medio indispensable para el mejoramiento de las negociaciones. A esta iniciativa pronto se sumaron otros periódicos como *El Día* y *El Telégrafo*, los cuales publicaron mensajes alusivos a la amistad peruano-ecuatoriana.²⁷ Se trató de un logro prometedor que el mi-

25 AHMED 1923. Caja 862 , carpeta 3, Cód. 5-12-A, f. 25

26 AHMED 1923. Caja 862 , carpeta 3, Cód. 5-12-A, f. 77-79

27 Otra estrategia realizada por el ministro peruano fue contratar los servi-

nistro peruano se apresuró a notificar con orgullo al canciller, enfatizando la disminución de la influencia chilena en los círculos oficiales ecuatorianos: “Desde mi llegada he percibido que, por lo menos en lo referente al oficialismo, la influencia de Chile ha disminuido considerablemente, la cancillería ecuatoriana no es hoy, como en otros tiempos, un dócil instrumento al servicio de las pasiones y los intereses chilenos”.²⁸

Respecto de Venezuela, el principal objetivo de la diplomacia peruana consistía en revertir el distanciamiento generado entre ambos países durante la celebración del centenario de la independencia peruana. Teniendo como premisa que la principal causa de la ausencia venezolana en 1921 fue la abrumadora presencia de la imagen de San Martín en los festejos y la presumible preferencia del Perú por Argentina, la delegación peruana le planteó al Estado venezolano una organización conjunta del centenario de la batalla de Ayacucho, en el que la imagen de Bolívar se situaría en el centro de la efeméride. En este proceso, ambas naciones convergieron en una común aproximación a la imagen de sus gobernantes: proyectaron las efigies del presidente Leguía y del presidente Vicente Gómez de Venezuela como líderes fuertes de gobiernos fuertes, autoritarios y comprometidos con la empresa modernizadora de sus respectivos

cios de los periodistas Szilard de Havas y León L. Kay de la redacción del *West Coast Leader*, a fin de que pudieran difundir información favorable de las relaciones entre el Perú y Ecuador al resto de la región. Sin embargo, ambos periodistas sufrieron la oposición de una serie de personalidades vinculadas al club Pichincha, quienes sabotearon constantemente los números de su periódico apelando a una censura por parte del Estado.

AHMED 1924. Caja 862, carpeta 4, Cód. 5-12-A, f. 65

28 AHMED 1924. Caja 862, carpeta 4, Cód. 5-12-A, f. 92

países. El gobierno de Leguía asumió también la figura de Gómez, quien por entonces ya llevaba quince años en el poder, como un modelo a seguir en diferentes aspectos cruciales para el sostenimiento de un gobierno autoritario de duración prolongada. De hecho, ambos gobiernos practicaron estrategias similares frente a una problemática en común: el activismo de enormes grupos exiliados que se les oponían ya fuera desde países limítrofes o, principalmente, desde los Estados Unidos.²⁹ Como los grupos opositores al gobierno del presidente Gómez, durante los primeros años del gobierno de Leguía los miembros del Partido Civil, sus opositores, terminaron asentándose en diferentes estados de Norteamérica, en los que trataban de vincularse con políticos y diplomáticos locales para influir en ellos y sabotear las relaciones internacionales de Leguía.³⁰

Para enfrentar esta situación, tanto el presidente venezolano como el peruano diseñaron una estrategias de acercamiento a los Estados Unidos que tuvieran, además de los fines políticos y económicos comprensibles el propósito de mitigar la influencia de las fuerzas de oposición exiliadas. Asimismo, ambos líderes se vincularon activamente con la simbología bolivariana y con las imágenes arquetípicas de la gesta independentista que circularon nuevamente por los centenario, del mismo modo que sus nombres y su amistad se vincularon casi de inmediato con el tipo de gobierno fuerte y personalista que cada uno encabezaba y que llegó a ser reivindicada por gran parte de la élite intelectual de sus países. Este fue el caso del poeta peruano José Santos Chocano, que elogió a las *dictaduras organizadoras*, o del historiador venezolano Laureano

29 AHMED 1923. Caja 864, carpeta 3, Cód. 5-24-A, f. 81

30 AHMED 1924. Caja 864, carpeta 6, Cód. 5-24-A, f. 114

Vallenilla-Lanz, quien fue reconocido como el apologista de la autocracia de su país.³¹

En el caso de Argentina, el principal problema con el que el gobierno de Leguía tuvo que lidiar fue el esfuerzo de los exiliados peruanos ahí asentados por sabotear en general, el gobierno de Leguía y, particularmente, la conmemoración del centenario de la batalla Ayacucho. Entre 1922 hasta mediados de 1924, se manifestaron en contra de la política doméstica peruana. Precisaban que el gobierno de Leguía se deslizaba cada vez más notoriamente hacia una dictadura, la que iba a perjudicar el propio orden regional. A juicio de los exiliados, el mandatario peruano trataba de capitalizar las relaciones regionales y, principalmente, las posturas en torno de la cuestión del Pacífico para beneficio propio y seguir en el poder. Políticos peruanos exiliados como Felipe Barreda y Laos, asociados a periodistas locales como Javier Fernández Pesquero del diario *La Época* aprovecharon la menor circunstancia de crisis en la política peruana para poder emprender un movimiento de propaganda y deslegitimación del gobierno de Leguía. A medida que se acercaba el centenario de la batalla de Ayacucho, se trazaron el objetivo de persuadir al presidente Marcelo Torcuato de Alvear y a su canciller Ángel Gallardo de no asistir a la celebración en Lima, puesto que ello podría ser interpretado por los exiliados peruanos en Buenos Aires como una forma de respaldo al autoritarismo de Leguía.³²

Debido a las constantes advertencias sobre la conveniencia del viaje presidencial, los propios diplomáticos argentinos

31 AHMED 1924. Caja 864, carpeta 8, Cód. 5-24-A, f. 56

32 AHMED 1923. Caja 859, carpeta 4, Cód. 5-1-A, f. 49

llegaron a cuestionárselo. El mismo canciller Ángel Gallardo solicitó un informe sucinto al ministro argentino en el Perú sobre la situación política y si es que resultaba conveniente manifestar al presidente Leguía las inquietudes presentadas por los exiliados en Buenos Aires. La respuesta del ministro argentino Roberto Levillier fue clara al señalar que, a pesar de que una serie de aspectos jurídico y políticos dan fe del marcado perfil autocrático que empezaba a presentar el gobierno de Leguía, ello no debería afectar las relaciones diplomáticas entre ambos países, y Argentina no debería inmiscuirse los asuntos internos del Perú.³³ Este dictamen no frenó la determinación de los exiliados peruanos, que se dirigieron a persuadir a diferentes figuras públicas para que no se presentaran a las celebraciones del centenario de la batalla de Ayacucho. Entre los casos más llamativos, estuvo el de Luis Benjamín Cisneros, que en una carta pública instaba a los intelectuales argentinos a “ausentarse de una celebración organizada por un gobierno dictatorial”.³⁴ Fue una publicación que aparentemente tuvo el efecto deseado puesto que, al poco tiempo, el poeta e historiador Ricardo Rojas comunicó a la legación peruana que no podría asistir a la celebración del centenario. De igual modo, se buscó disuadir de asistir a Rabindranath, el famoso poeta hindú que por entonces se encontraba en Buenos Aires. En otra carta, de autoría del político exiliado Manuel Seoane, este señalaba que Tagore no tendría motivos para ir al Perú donde el gobierno de Leguía empleaba la problemática del indio como un mecanismo de legitimación de sus propios intereses políticos.³⁵

33 Archivo Histórico de Cancillería de la República de Argentina (en adelante AHRCA), Caja 2101, Perú, 18 de octubre de 1923

34 AHMED 1924. Caja 859, carpeta 6, Cód. 5-1-A, f. 29

35 Tampoco pudo ir Martín S. Noel, un reconocido historiador del arte

A pesar de esta complicada situación en el frente argentino, las acciones diplomáticas peruanas consiguieron mejorar las relaciones con dos países claves para sus objetivos de política exterior a nivel de la cuestión del Pacífico: Bolivia y Brasil. Por un lado, el país altiplánico se sumó a las demandas peruanas contra Chile, y por otro el socio del Perú en la administración del Amazonas empezó a manifestar un gran nivel de convergencia con los intereses peruanos a partir de un rechazo cada vez evidente al propósito de Colombia de consolidarse como el tercer socio de esa administración. En el caso de Bolivia, este proceso de acercamiento se nutrió paulatinamente desde julio de 1920, tras el derrocamiento del presidente boliviano José Gutiérrez Guerra, quien había mantenido una postura reacia a los acercamientos peruanos y prefirió inclinarse hacia a la órbita chilena, a fin de recuperar por vías diplomáticas una salida al mar a través de Arica (Bákula, 2002). Con la llegada del nuevo presidente Bautista Saavedra Mallea, el enfoque del gobierno varió y se optó por un acercamiento al Perú a fin de efectuar una denuncia conjunta contra Chile por dilatar la salida diplomática a los asuntos pendientes de la Guerra del Pacífico. En 1922, cuando todas las partes aceptaron el arbitraje de los Estados Unidos sobre los pendientes entre el Perú y Chile, Bolivia apostó por esa misma salida (preferentemente si el árbitro era los Estados Unidos) para revisar el tratado de límites que selló sus fronteras con Chile en 1904 (Brockmann, 2012).

Esta convergencia entre el Perú y Bolivia no fue exclusivamente diplomática, sino que se manifestó también en el ám-

hispanoamericano por, presuntamente, la influencia de los opositores políticos de Leguía en Argentina. AHMED 1924. Caja 859, carpeta 6, Cód. 5-1-A, f.67.

bito intelectual y jurídico, principalmente por el mayor flujo editorial orientado a justificar sus posiciones ante la potencia arbitral estadounidense. Así, las obras de intelectuales peruanos como Víctor Maúrtua, Carlos Wiesse y Víctor Andrés Belaunde encontraron amplia difusión en la prensa y en publicaciones facsimilares bolivianas, mientras que textos bolivianos como *Chile ante el árbitro: su conducta desde 1820*, escrito por el jurista boliviano Ismael Portal Espinoza fueron recibidos con interés en los círculos intelectuales peruanos.. Asimismo, el intercambio de argumentos jurídicos adquirió una dimensión transcontinental con la incorporación de publicaciones estadounidenses relevantes para la disputa, tales como *Opinion on the controversy between Peru and Chile* de Edwin Borchard y *The Pacific Question* de John Bassett Moore. Dichos escritos constituyan insumos fundamentales en la construcción de un marco legal común que ambos países pretendían presentar ante Washington. La afinidad intelectual que se desarrolló a partir de estos intercambios contribuyó a consolidar un frente común en sus demandas contra Chile, demostrando que la diplomacia regional del período se sustentaba no sólo en negociaciones estatales sino también en la articulación de un discurso legitimador compartido.³⁶

En 1924, las fiestas patrias peruana y boliviana se convirtieron en escenarios de reivindicación de las demandas nacionales de ambos países frente a Chile. Según los informes del ministro peruano en Bolivia, Manuel Elías Bonnemaison, tanto la celebración del 16 de julio de 1924, en conmemoración de la Revolución de La Paz, como la del 28 de julio, correspondiente a las fiestas patrias del Perú, fueron concebi-

36 AHMED 1922. Caja 860, carpeta 4, Cód. 5-7-A, f. 29

das como “una alegoría revanchista contra Chile, despertando vítores de la muchedumbre y comentarios favorables a las relaciones entre Perú y Bolivia de personas calificadas”.³⁷ Esta dinámica permitió que Perú, alineado con la voz unificada de la denuncia contra Chile, lograra que el presidente boliviano Bautista Saavedra aceptara estar a la cabeza de la delegación de su país en la conmemoración del centenario de Ayacucho. Con ello se hizo patente el mutuo respaldo entre ambos países, puesto que, a pesar de todas las invitaciones y esfuerzos por persuadir a los presidentes sudamericanos de presentarse en las fiestas peruanas, únicamente Saavedra estuvo presente, lo que selló, al menos temporalmente, la convergencia de voluntades del Perú y Bolivia contra la geopolítica chilena.³⁸

Por otro lado, las dinámicas en el frente brasileño resultaron fundamentales. Tanto el Perú como Chile eran conscientes del poder y gran influencia que Brasil había logrado consolidar en la región, por lo que ambos intentaron atraer su apoyo, compitiendo por ganarse el favor de los círculos políticos brasileños. Se señalaba que Brasil mismo cumpliría el rol de garante una vez que el arbitraje norteamericano arrojara resultados. La diplomacia peruana adoptó un enfoque multifacético, inicialmente orientado hacia la influencia de la opinión pública brasileña y, posteriormente, en los círculos intelectuales. Durante los años comprendidos entre 1920 y 1923, tras el fin de la Gran Guerra, Perú trató de revertir el gran influjo que Chile mantenía en los círculos periodísticos brasileños, que venían respaldando las iniciativas de agrupamiento del ABC. Esta verdadera cruzada fue liderada por el ministro peruano Ernesto Tezanos, quien en compañía

37 AHMED 1924. Caja 861, carpeta 5, Cód. 5-7-A, f. 36

38 AHMED 1924. Caja 861, carpeta 5, Cód. 5-7-A, f. 87

de una serie de escritores locales como Octavio Nascimento Brito del periódico *O Paiz* y Cándido Campos de la *Gazeta de Notícias* buscó deslegitimar ante la opinión pública los potenciales beneficios del ABC, y, en su lugar, promover el ideal de una nueva comunidad panamericana. En este marco, Perú propugnaba un liderazgo brasileño en la región, similar al papel que Estados Unidos desempeñaba en el hemisferio occidental. El planteamiento peruano defendía la noción de que, mientras los Estados Unidos lideraban los destinos del continente americano, Brasil debía asumir el liderazgo de Sudamérica, orientando sus políticas hacia una integración más amplia y menos circunscrita a acuerdos subregionales³⁹

Por su lado, Brasil entendió que su proyección como líder regional, en un contexto de posguerra, tendría que ver con la función de garante de la paz sudamericana y, en esa medida, consideró necesaria su mediación en las tensiones recurrentes entre el Perú y Chile. De hecho, entre 1919 y 1922, ambos países habían vivido en un constante escenario de tensión, que incluso involucró movilizaciones de fuerzas militares en la frontera común, siendo la más conocida la llamada “Guerra de don Ladislao” (Cid y Fernández, 2024). A pesar de la mediación brasileña y del diálogo constante entre los diplomáticos chilenos y peruanos, las tensiones entre ambos países no habían cesado. Al examinar esas circunstancias, Brasil entendió que gran parte de estas tensiones eran motivadas por lo que llamaron “las malas prácticas de la información” de los medios de prensa del Perú y Chile y, para contrarrestarlas, se propuso crear mayores espacios de convergencia cultural entre ambos países, a fin de que los ánimos confrontativos

39 AHMED 1922. Caja 859, carpeta 2, Cód. 5-2-A, f. 48

no fueran fácilmente exacerbados por agentes literarios y periodísticos.⁴⁰

Sin embargo, el principal factor que motivó el acercamiento de Brasil provino de su posición frente al tratado de límites que el Perú firmó con Colombia y que otorgaba a este país el acceso al Amazonas, un territorio que hasta ese momento había sido compartido exclusivamente por Perú y Brasil. Opuesto a una administración tripartita, Brasil buscó influir en el proceso de ratificación del tratado en el Congreso peruano a fin de que se le rechazara y se emprendiera un nuevo proceso de negociación. No obstante, ello iba específicamente en contra de los planes del gobierno de Leguía, cuyos congresistas buscaban ratificar el tratado a la brevedad y, más bien, era oposición parlamentaria la que se le oponía. Aunque esa coyuntura suponía serias complicaciones para cualquier intento de acercamiento, la cancillería peruana se planteó aprovechar el interés brasileño por los asuntos nacionales como una oportunidad de tener un contacto más fluido con el gobierno de Río de Janeiro y, partir de ello, contar con que una mayor proximidad hiciera que se pronunciara, eventualmente, de modo favorable al Perú en su disputa contra Chile. El ministro Víctor Maúrtua lo explicó en los siguientes términos:

hay aquí buen ánimo de gobierno hacia nosotros, posiblemente tales manifestaciones correspondan a la posición asumida en la cuestión peruano-colombiana. Pero, de todos modos, el hecho de que, por ahora, tenemos aquí fuerza moral internacional nos sería de gran provecho estimular y utilizar.⁴¹

40 AHMED 1923. Caja 859, carpeta 6, Cód. 5-2-A, f. 30

41 AHMED 1924. Caja 860, carpeta 4, Cód. 5-2-A, f. 52

Aludía a que la particular coyuntura de ambos países podría favorecer al Perú en la mesa de negociaciones cuando se produjera el arbitraje norteamericano, además de mejorar notablemente la jerarquía de la delegación brasileña durante la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, que Chile trataba de sabotear. Y, en efecto, según lo previó la diplomacia peruana, Brasil fue uno de los promotores del éxito de la conmemoración del centenario: sus delegaciones fueron de las más nutridas, y se anunció que iban a estar encabezadas por el mismísimo presidente de Brasil. Lamentablemente, esto último no llegó a ocurrir porque, por esas fechas, hubo un intento de levantamiento militar, conmoción política en los Estados del norte del país, y se requería su presencia para evitar cualquier amago de rebelión o golpe de Estado.⁴²

Si tales circunstancias generaron un proceso de entendimiento y cercanía del Perú con Brasil, la relación cordial desarrollada con Colombia desde la suscripción del tratado de 1922 empezó a deteriorarse paulatinamente. Por ello, se pueden señalar dos etapas en las relaciones entre el Perú y Colombia camino al centenario de la batalla de Ayacucho: una primera, que va desde la suscripción del tratado Salomón Lozano, en 1922, hasta aproximadamente inicios de 1924, y una segunda, que va de principios de 1924 hasta la celebración del centenario en diciembre de ese mismo año. Si entre el Perú y Colombia existían relaciones cordiales a comienzo de los años 20, ello se debía a cambios en los enfoques de la política exterior en ambos países. Así, por un lado, el gobierno de Leguía estuvo cada vez más predisposto a neutralizar a Ecuador y Colombia para poder concentrarse esfuerzos con-

42 AHMED 1924. Caja 860, carpeta 4, Cód. 5-2-A, f. 86

tra Chile y, por otro lado, el gobierno colombiano de Marco Suárez Barrientos, dentro de un nuevo paradigma diplomático, consideró sus prioridades la resolución de sus problemáticas limítrofes y emprender un mayor acercamiento con los Estados Unidos. De cierto modo, el gobierno de Leguía de esos años ejecutaba la política exterior que Colombia anhelaba, y ello fomentó una mayor afinidad entre las dos naciones que lo mismo quería terminar de establecer legalmente los límites de sus territorios como beneficiarse la hegemonía norteamericana, un objetivo de la diplomacia peruana desde los últimos años de la república aristocrática.⁴³

Con Leguía, la influencia de los Estados Unidos facilitó diversos procesos de modernización a través del envío de distintas misiones que reorganizaron aparatos del Estado, como la misión naval y la de instrucción, y también a través de mayores flujos financieros que sostuvieron la renovación de la infraestructura nacional. De modo análogo influyó en la modernización del Estado colombiano cuando este decidió renovarse a través de la cooperación norteamericana. Esto sucedió durante el siguiente gobierno colombiano, el de Pedro Ospina Vásquez, cuyo acercamiento al Perú le permitió poder intercambiar modelos y experiencias de reformas, además de emular el propio derrotero del gobierno de Leguía en la búsqueda de empréstitos de los Estados Unidos. Por su parte, para el Perú fue la circunstancia ideal para buscar un mayor nivel de influencia en la alta política colombiana. En sus informes, el ministro peruano Manuel de Freyre y Santander indicaba que Colombia estaba a la expectativa de iniciar nuevas reformas, puesto que: “tanto los liberales y conservadores

43 AHMED 1922. Caja 831, carpeta 4, Cód. 5-8-A, f. 30

se han estancado en filosóficas políticas pretéritas".⁴⁴ Así, la diplomacia peruana inició un intercambio fluido con el gobierno de Ospina y le brindó información sobre programas y experiencias en el proceso modernizador del Perú, especialmente en la reforma de la educación, que llevaba a cabo la misión de instrucción norteamericana y en las de carácter fiscal que permitieron al gobierno de Leguía el acceso a los flujos financieros norteamericanos. Esta apertura logró que el Perú se granjea un gran nivel de influencia en Colombia, y consiguió resultados inmediatos en cuanto la cercanía de este país con Chile: consiguió que el presidente colombiano se comprometiera a solicitar misiones militares francesas y suizas para modernizar la instrucción de su ejército, y no una misión del ejército chileno, a la que se había recurrido tradicionalmente.⁴⁵

No obstante, la dilación del Congreso en la ratificación del tratado Salomón Lozano motivó el deterioro progresivo de estas buenas relaciones y la convergencia de la diplomacia cultural entre ambos estados, camino a la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, se vio severamente afectada. El proyecto editorial *El mundo bolivariano*, que tenía historiadores peruanos y colombianos como sus principales promotores, se vio afectado porque, primero, las autoridades políticas colombianas se desentendieron del depósito de las cuotas correspondientes a la financiación del proyecto y, luego, porque los historiadores colombianos hicieron abandono total de este, al mismo tiempo que precisaban que el Instituto Histórico de Colombia se iba a limitar a adquirir copias de la publicación una vez que el proyecto estuviera termina-

44 AHMED 1923. Caja 831, carpeta 7, Cód. 5-8-A, f. 82

45 AHMED 1923. Caja 831, carpeta 7, Cód. 5-8-A, f. 117

do.⁴⁶ De igual modo, el gobierno colombiano descartó su compromiso de recurrir a una misión militar que no fuera chilena para modernizar su ejército y, en sentido contrario a sus promesas, aumentó el intercambio y tecnificación militar entre oficiales colombianos y chilenos. El deterioro de las relaciones peruano-colombianas llegó al punto que los colombianos condicionaron su presencia en las conmemoraciones del centenario de Ayacucho a la ratificación del tratado pendiente. Fue una exigencia que disgustó al gobierno peruano y desembocó en un nuevo ambiente de tensiones entre ambos países.⁴⁷

5. El desenlace: El retorno al realismo político

El propósito de este último apartado es analizar el desenlace de las diversas dinámicas diplomáticas que el Perú estuvo gestionando camino a su celebración del centenario de la batalla de Ayacucho. La convergencia de los múltiples intereses y los particulares objetivos de la política exterior de cada uno de los países de la región condujo a una dinámica de relaciones que terminó por perjudicar las estrategias de acercamientos diplomáticos que el Perú dispuso en torno de la efeméride regional. Si bien, originalmente, fueron distintas estrategias de carácter bilateral impulsadas por el gobierno de Lima, será la totalidad de la dinámica regional la que definirá el modo en que se resuelvan. Una visión meramente bilateral no contendría los elementos necesarios para comprender el funcionamiento de las dinámicas diplomáticas que estuvieron en juego en esta efeméride de 1924. Una visión regional y holística, por el contrario, nos da la oportunidad de visibilizar las

46 AHMED 1924. Caja 832, carpeta 3, Cód. 5-8-A, f. 79

47 AHMED 1924. Caja 832, carpeta 4, Cód. 5-8-A, f. 22

numerosas circunstancias condicionadas por la multilateralidad, que hace converger muchos intereses y, por lo mismo, favorecer acciones que sólo resultan comprensibles dentro de sus dinámicas.

Este proceso se desarrolló a partir de la vinculación de dos ejes diplomáticos inicialmente independientes: por un lado, la triangulación de las relaciones entre el Perú, Colombia y Brasil y, por el otro, la rivalidad entre Brasil y Argentina por el liderazgo regional. En el marco de estas dinámicas, la ratificación del tratado Salomón-Lozano y el acceso a la administración del Amazonas implicó un proceso de acercamiento continuo entre el Perú y Brasil. Inicialmente se produjo dentro de la esfera diplomática y cultural, un escenario donde Chile también venía desarrollando esfuerzos por no perder influencia sobre Brasil. Sin embargo, paulatinamente el Perú y Brasil ingresaron en un estadio mayor de convergencia, que superó la esfera cultural y diplomática, para dar paso a intereses relativos a las políticas de delimitación fronteriza e incluso a manifestaciones de convergencia militar.⁴⁸ Desde mediados de 1923, ambos países ya habían acordado llevar a cabo los proyectos de demarcación que tenían pendientes desde la ratificación del tratado Velarde-Río Branco, así que avanzaban hacia un mayor nivel de confluencia en materia diplomática. Ello fue particularmente significativo en el ámbito de la colaboración militar porque ambos países acogían al mismo tiempo misiones navales norteamericanas con el fin de modernizar y especializar sus respectivas armadas y fuerzas marítimas. Por lo mismo, ambos países convinieron en designar a especialistas marinos como parte de las delegaciones de

48 AHMED 1924. Caja 860, carpeta 5, Cód. 5-2-A, f. 38

demarcación de sus límites; se consolidó un estrecho vínculo entre el agregado naval peruano Rodrigo Zárate y el comandante naval brasileño Alencastro Graca para cooperar en la modernización de sus respectivas instituciones, y las coincidencias en temas profesionales incidió en un mayor nivel de convergencia en perspectivas geopolíticas. Así, para el Perú era fundamental llevar a cabo estas reformas navales a fin de no quedar relegado en su disputa contra Chile y para Brasil era fundamental reforzar sus fuerzas navales para que su liderazgo regional no sea disputado. Estos vínculos tan estrechos y con mutuos beneficios en un ámbito tan sensible como el de las fuerzas navales generaron gran recelo y desagrado en Chile y Argentina.⁴⁹

El otro eje de acciones diplomáticas, el de la pugna entre Brasil y Argentina por consolidar una hegemonía regional venía desarrollándose desde aproximadamente 1910, cuando el barón de Río Branco, considerado el arquitecto de la diplomacia moderna brasileña, consolidó la soberanía de su país a través de instrumentos jurídicos internacionales y el fortalecimiento del poder militar. Este proceso incluyó la resolución pacífica de numerosos diferendos fronterizos a través de tratados bilaterales, entre los cuales destaca el Velarde-Río Branco que estableció los límites definitivos entre el Perú y Brasil (Bueno, 2006). A partir de entonces, Brasil se proyectó como un referente diplomático en la región. Cimentando su influencia sobre la premisa de que el liderazgo regional debía fundamentarse en la institucionalización de los mecanismos de resolución pacífica de controversias y en la creación de un entorno normativo favorable a sus intereses estratégicos. Por

49 AHMED 1924. Caja 860, carpeta 5, Cód. 5-2-A, f. 113

su parte, Argentina, cuya influencia en la región ya era significativa desde principios del siglo XX, desarrolló un enfoque diplomático que buscaba contrarrestar el creciente poder de Estados Unidos en el hemisferio. Este propósito se expresó particularmente en su postura recurrente en las conferencias panamericanas, donde las delegaciones argentinas abogaban de manera casi sistemática por la conformación de coaliciones regionales destinadas a oponerse a las políticas de intervención y coerción desplegadas por Washington (Morgenfeld, 2009). El ideal argentino de una coalición de Estados latinoamericanos autónomos frente a la influencia de Estados Unidos se sustentaba en la defensa del principio de arbitraje obligatorio como mecanismo preferente para la resolución de controversias limítrofes y políticas. En este sentido, Argentina y Perú exhibían una notable convergencia diplomática, sustentada en su defensa común del arbitraje obligatorio y en su oposición a la lógica expansionista de Chile, así como a la injerencia de Estados Unidos en asuntos regionales. (García, 1930; Ugarteche, 1930).

El principal punto de inflexión en la rivalidad entre Argentina y Brasil se produjo en el marco de la reconfiguración del orden internacional tras la Primera Guerra Mundial. Brasil elevaba cada vez su nivel de influencia no solo a nivel sudamericano sino incluso transatlántico tras su membresía en el Consejo de Seguridad de la recién fundada Sociedad de Naciones (Cervo y Bueno, 2011). Por el contrario, Argentina adoptó una postura más insular y reacia a la integración institucional en el nuevo orden mundial. La negativa del presidente Hipólito Irigoyen a ingresar a la Sociedad de Naciones reflejaba no solo su preferencia por concentrar los esfuerzos diplomáticos en el escenario sudamericano, sino también su desconfianza respecto a un sistema inter-

nacional percibido como dominado por potencias europeas y eventualmente lesivo para los intereses latinoamericanos. Sin embargo, la capacidad de Brasil para consolidar un liderazgo regional efectivo se veía obstaculizada por un factor estructural que persistía a lo largo del continente: su matriz cultural diferenciada del resto de América Latina. Como único país lusófono de Sudamérica, Brasil enfrentaba dificultades para proyectar un liderazgo hegemónico sobre un conjunto de naciones que compartían un acervo cultural hispanoamericano común (Paschoal, 2005). En estas circunstancias, mientras se desplegaban los preparativos para la celebración del centenario de Ayacucho, Brasil emprendió un extenso programa de aproximación a la cultura de las naciones hispanoamericanas. Fue una política que se manifestó notoriamente durante la celebración del Primer Congreso Internacional de Historia de América, celebrado en septiembre de 1922 en Río de Janeiro, en el que se establecieron las bases para edificar un monumento de la fraternidad que honrara los cien años del acontecimiento bélico que selló la independencia de Sudamérica. Idealmente, debería concretarse con la participación de todos los países sudamericanos de la Unión Panamericana, pero bajo la planificación y el liderazgo de Brasil.⁵⁰

Aunque inicialmente Argentina se unió a los planes brasileños del monumento, con el aumento de la retórica y la cercanía de los países bolivarianos en el norte, y la disminución de los homenajes a San Martín en los actos oficiales en favor de una mayor presencia de Brasil, el gobierno de Buenos Aires optó por proyectos alternativos que permitieran resaltar su

50 AHMED 1922. Caja 859, carpeta 6, Cód. 5-2-A, f. 59

propia imagen en la celebración del centenario. Esto condujo a la decisión de construir un monumento paralelo al gestionado por Brasil, considerando diversas opciones para su tema central, desde alegorías de la libertad hasta nuevas representaciones de San Martín y manifestaciones de la unidad hispanoamericana.⁵¹

Fue, pues, en estas circunstancias que ambos ejes diplomáticos mencionados convergieron. Ocurrió a través de acciones de la diplomacia chilena que adoptó una postura decididamente obstructiva en relación con la conmemoración de Ayacucho. Su principal función estuvo dirigida a sabotear la conmemoración y en consecuencia los réditos que el Perú fuera a ganar con ella. Para cumplir sus objetivos, llevó a cabo una extensa campaña de contrapropaganda en diversos países de la región, junto con otros mecanismos dirigidos a opacar la organización peruana. En Brasil, fomentó la adhesión al ABC ante el temor de una alianza bolivariana; en Argentina, se sumó y conspiró entre los opositores de Leguía para deslegitimar su gobierno; y, en Colombia, buscó recuperar la cercanía e influencia perdida tras la suscripción del tratado Salomón-Lozano. Además, Chile desplegó un repertorio de maniobras destinadas a sembrar desinformación y confusión respecto a la política exterior peruana, incluyendo la difusión de rumores sobre supuestas invitaciones oficiales a representantes chilenos para la conmemoración de Ayacucho. Entre ellas destacó el intento de atribuir al ministro peruano en París, Mariano H. Cornejo, la emisión de una invitación al diplomático chileno Armando Quezada Acharán, lo cual habría supuesto un reconocimiento tácito de la legitimidad de

51 AHCA Caja 2101, Perú, 5 de julio de 1924

la participación chilena en un evento cuyo significado histórico era particularmente sensible para Perú.⁵²

No obstante, el verdadero escenario de discordias fue el de las naciones bolivarianas. A pesar de los esfuerzos del ministro peruano Castro Oyanguren para contrarrestar la abrumadora influencia de Chile en la opinión pública del Ecuador, fue en la prensa de ese país donde emergió un episodio de notable trascendencia que habría de repercutir negativamente en los intereses diplomáticos peruanos. El 26 de agosto de 1924, el periódico *El Guante* publicó un artículo que revelaba la aparente *inteligencia* entre el Perú y Brasil para sabotear la aprobación del tratado Salomón Lozano. Esta noticia de inmediato recorrió las redacciones sudamericanas y tuvo especial resonancia en el periodismo y la política de Colombia, al punto que su canciller Jorge Vélez solicitó información sobre el trascendido por medios oficiales a su homólogo peruano, Alberto Salomón. A pesar de que este negó las coordinaciones alegadas en contra de los intereses colombianos, la relación cercana y frecuente entre ambos diplomáticos, desarrollada en el contexto de sus negociaciones previas, indujo a Vélez a sospechar que la denuncia publicada contenía al menos un elemento de verdad. Era conocido que el ministro peruano en Río de Janeiro, Víctor Maúrtua, se preciaba de la cordial relación que mantenía con el presidente brasileño Artur Bernardes, Maúrtua se jactaba abiertamente de su capacidad de saltarse los protocolos y presentarse en el Palacio de Catete cuando se le ocurría y sin autorización previa. Este acceso privilegiado alimentaba aún más las sospechas de que existía una

52 AHMED 1924. Caja 860, carpeta 4, Cód. 5-2-A, f. 27

alianza tácita o explícita entre Perú y Brasil destinada a redibujar las configuraciones de poder en la región.⁵³

En tales circunstancias, Chile desplegó una campaña propagandística vigorosa que no solo alertaba y alarmaba sobre la convergencia peruano-brasileña, sino sobre el pacto que ambos países tenían sobre la administración exclusiva del Amazonas, que eventualmente podría tener consecuencias geopolíticas sobre otros países del continente. Por su parte, Colombia se encargó de difundir en todos los medios su hasta entonces tratado secreto con el Perú, el que llegó a publicarse incluso en prensa brasileña. Constantemente, se reunían para abordar esta crisis el ministro Maúrtua y el presidente Artur Bernardes. En sus conversaciones, el presidente brasileño mostraba su disgusto con los diplomáticos colombianos, pero Maúrtua no dudó en resaltar que era Chile quien realmente se encontraba detrás de la red de conspiraciones, y precisó que gran parte de las publicaciones y la filtración del tratado secreto provenía posiblemente del ministro colombiano en el Perú, pero que la difusión propagandística sin duda transitaba desde Santiago al resto de las capitales de la región.⁵⁴ Ocurrido ello, las tensiones entre Chile y el Perú quedaron conectadas al centro de la disputa regional por la hegemonía entre Brasil y Argentina.

En esta coyuntura, un nuevo escenario de tensión emergió entre ambas potencias sudamericanas. Tras el apaciguamiento del intento de golpe de estado en Brasil, muchos de los oficiales y políticos involucrados terminaron exiliándose en las fronteras con Argentina, lo que acrecentó la animosidad

53 AHMED 1924. Caja 860, carpeta 4, Cód. 5-2-A, f. 65

54 AHMED 1924. Caja 860, carpeta 5, Cód. 5-2-A, f. 46

entre los dos países y condujo a una situación real de tensión regional. Ello terminó por afectar la celebración del centenario de Ayacucho. Así, debido a la actitud confrontativa de Brasil en la frontera común, Argentina decidió abandonar el proyecto del monumento a la fraternidad luso-hispanoamericano, y donar un monumento propio al Perú. Señalaron que se trataba de un faro que se iba ubicar ya fuera en el Callao o en la Isla San Lorenzo, y cuya luz debía representar los ideales de Libertad que la Argentina y su diplomacia defendían: la obra idealista de los patriotas de Mayo y de la campaña inicial de San Martín, “puesto que Ayacucho no es la fecha de una batalla ni más ni menos importante en sí, que otras batallas de la independencia; es la coronación de la obra iniciada el 25 de Mayo. Creo que así el 25 de Mayo como el 9 de Diciembre debieran ser festejados religiosamente en todos los países de América sin excepción”⁵⁵.

El gesto, desde luego, no fue del agrado de la diplomacia brasileña. Al enterarse del monumento alternativo de Argentina, Brasil lo interpretó como un sabotaje deliberado de sus gestiones diplomáticas, y no dudó en acusar al gobierno de Buenos Aires de buscar sembrar la discordia entre las naciones de la región. El malestar de Brasil lo llevó a abortar su proyecto original del monumento a la fraternidad, lo que expuso las profundas fisuras que separaban a los países sudamericanos.⁵⁶

De este modo, observamos que un crudo y drástico retorno a la realpolitik, y las tensiones y las sospechas mutuas resurgieron en el centro de la dinámica diplomática regional, lo que obligaba a descartar todas las iniciativas y enfoques de acerca-

55 AHCA Caja 2101, Perú, 12 de noviembre de 1924

56 AHMED 1924. Caja 860, carpeta 5, Cód. 5-2-A, f. 76

miento previos. Así, el proceso de convergencia diplomática regional que se venía gestando a nivel de la interacción cultural quedó relegado, y se abrió paso una estrategia diplomática en la que los particulares intereses políticos de los estados se imponían a una convergencia diplomática regional. Ello había resultado apreciable incluso en el derrotero que cada país se marcó rumbo a la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, en el que la desconfianza y la rivalidad recíproca animaban la conformación de ententes contenciosas como las del ABC y los países bolivarianos.

En síntesis, podemos señalar que, desde septiembre de 1922, a partir de la iniciativa de regir un monumento a la fraternidad regional, en el marco del Primer Congreso Internacional de Historia de América en Río de Janeiro, hasta poco antes de la celebración del centenario de Ayacucho, las dinámicas regionales llevaron a cabo un experimento de diplomacia cultural como espacio de convergencia de las naciones sudamericanas. Sin embargo, sus dinámicas no pudieron superar las exigencias de la realpolitik, que terminaron por retornar una vez más al centro de las prácticas diplomáticas sudamericanas.

6. Conclusiones

Esta investigación demuestra que, en el escenario sudamericano de principios del siglo xx, la diplomacia cultural fue un componente esencial en las estrategias de poder de los Estados, especialmente en el marco de la conmemoración del centenario de Ayacucho. Lejos de ser un gesto simbólico aislado, esta iniciativa reflejó intentos de consolidar narrativas identitarias y proyectar influencias regionales en un contexto de creciente rivalidad entre potencias como Argentina y Bra-

sil. Un segundo elemento destacable es la relevancia que tienen los enfoques multilaterales en los estudios sobre historia diplomática, que demuestra que la diplomacia regional no operaba en términos estrictamente bilaterales, sino más bien a partir de lógicas multilaterales. De modo que una lectura holística del proceso permite observar el papel desempeñado por los diferentes agentes y nos brinda la oportunidad de visibilizar un panorama completo, lo que hace del trabajo de los estudios diplomáticos un proceso más complejo, pero de mayor capacidad analítica.

Referencias bibliográficas

- Amorebieta y Vera, M. L. (2022). 'Bolivarianos' y 'sanmartinianos' frente al centenario de la batalla de Ayacucho en Perú. *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, 2(22), pp. 44-63, <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuarioceh/article/view/40005>
- Bákula, J. M. (2002). *Perú: entre la realidad y la utopía: 180 años de Política Exterior* (2 vol.). Fondo de Cultura Económica - Fundación Academia Diplomática del Perú.
- Basadre, J. (2014). *Historia de la República del Perú 1822-1933: Vol. XII; Vol. XIII; Vol. XIV*. El Comercio.
-
- 180 Bethell, L. (2010). Brazil and 'Latin America'. *Journal of Latin American Studies*, 42(3), 457-485.
- Brockmann, R. (2012). *Tan lejos del mar: Bolivia entre Chile, Perú y Paraguay en la década extraviada, 1919-1929*. Plural Editores.
- Bueno, C. (2003). *Política externa da primeira república. Os anos de apogeu (1902 a 1918)*. Editora Unesp.

- Bruno, P. (2020). Exposiciones universales: nuevas contribuciones y agendas de investigación. *Literatura y lingüística*, (42), 491-497.
- Casalino, C. (2017). *Centenario: Las celebraciones de la Independencia 1921-1924*. Municipalidad de Lima.
- Cervo, A., y Bueno, C. (2011). *Historia de la política exterior de Brasil*. Brasilia: UNB.
- Cid, G., y Fernández, C. (2024). La frontera en tensión: nacionalismo y movilización social durante la “Guerra de don Ladislao” (Chile, 1920). *Revista Notas Históricas y Geográficas*, (32), 368-395.
- Drinot, P. (2018). *La Patria Nueva: Economía, sociedad y cultura en el Perú, 1919-1930*. University of North Carolina Press.
- García, A. (1930). *Historia diplomática del Perú*. Imprenta Rivas.
- Instituto Americano de Derecho Internacional. (1924). *Proyectos de Convenios para la Sesión del Instituto Americano de Derecho Internacional que se celebrará en Lima, Perú, el 20 de Diciembre de 1924*. Fondo Carnegie para la Paz Internacional.
- Mearsheimer, J. (2006). *The Tragedy of Great Power Politics*. W. W. Norton & Company.
- Morgenfeld, L. (2009). Argentina frente a Estados Unidos en las conferencias panamericanas (1880-1955). (Tesis doctoral). Universidad de Buenos Aires.
- Nieto, W. (2023). Política exterior peruana y hegemonía americana: relaciones bilaterales entre el Perú y los Estados Unidos en el Sistema Interamericano (1906-1929). (Tesis de licenciatura). Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Repositorio Institucional Cybertesis UNMSM.

- Nieto, W. (2024). El centenario de la independencia bajo la sombra del problema del Pacífico: Diplomacia, retórica y patrimonio. Una aproximación desde la historia global (1919-1921). En *Nuevas miradas a las independencias: Guerra, rituales y memorias*. Biblioteca Bicentenario.
- Orrego, J. (2014). ¡Y llegó el Centenario! Los festejos de 1921 y 1924 en la Lima de Augusto B. Leguía. Titanium Editores.
- Orso, J. (2009). El clivaje cooperación-conflicto en el Tratado ABC de 1915 y la incidencia del clima de ideas de los líderes argentinos del Centenario. *Historia Regional. Sección Historia*, 22(27), 129-142.
- Ortemberg, P. (2015). Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924). *Anuario de Estudios Americanos*, (72), 321-350.
- Ortemberg, P. (2024). Centenarios patrios y vínculos latinoamericanos: monumentos, militares, intelectuales y aviadores. En *Ayacucho, 1824. El fin del ciclo revolucionario*. Fondo de Cultura Económica.
- Pan American Union. (1923). *Informes de la Quinta conferencia panamericana*. Imprenta Unión Panamericana.
-
- 182 Paschoal, L. (2005). Limites políticos de um projeto intelectual para a integração dos povos do Novo Mundo: o Primeiro Congresso Internacional de História da América (1922). *Topoi. Revista de História*, 6(10), 192-212.
- Petersen, M. (2014). Argentine and Chilean approaches to modern pan-Americanism, 1888-1930. (Doctoral thesis). University of Oxford.

- Porras Barrenechea, R. (1981). *Historia de los límites del Perú*. Editorial Universitaria.
- Rodríguez, F. (2014). Diplomacia Cultural. Una nota exploratoria. *Observatoire des Amériques Montréal*, 14(13), 1-7.
- Scarfi, J. P. (2017). *The Hidden History of International Law in the Americas: Empire and Legal Networks*. Oxford University Press.
- Schweizer, K., & Schumann, M. (2008). The Revitalization of Diplomatic History: Renewed Reflections. *Diplomacy and Statecraft*, (19), 149-186.
- Sheinin, D. (2000). Beyond the Ideal: Pan Americanism in Inter-American Affairs. Praeger, Westport, CT.
- St John, R. (1992). *La política exterior del Perú*. Asociación de funcionarios del Servicio Diplomático del Perú.
- Telles, E. (1989). *Diplomacia Cultural: seu papel na política externa brasileira*. Fundação Alexandre de Gusmão.
- Tudela y Varela, F. (1925). *La política internacional y la dictadura de Don Augusto Leguía*. Imprenta Omnes.
- Ugarteche, P. (1930). *La política internacional peruana durante la dictadura de Leguía*. Imprenta Castrillón.
- Urrutia, F. (1925). *La Evolución del Principio de Arbitraje En América: La Sociedad de Naciones*. Editorial América.
- Wagner de Reyna, A. (1997). *Historia diplomática del Perú*. Fondo Editorial del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

Recursos documentales

Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú
(AHMRE)

Archivo Histórico de Cancillería de la República de Argentina
(AHRCA)

Recursos hemerográficos

El Comercio

La Prensa

El Tiempo

Variedades

* * *

Recibido: 1 de septiembre de 2024

Aceptado: 7 de octubre de 2024